

SIGNIFICADO DE LAS MIGRACIONES INTERNACIONALES DE FUERZA DE TRABAJO EN EL CAPITALISMO HISTÓRICO.

UNA PERSPECTIVA MARXISTA.

Andrés Piqueras

Universidad de Castellón

Artículo del libro de Andrés Piqueras y Wim Dierckxsens (eds.) *El colapso de la globalización* (2011), pp. 279-336. El Viejo Topo. Barcelona.

Si la reproducción ampliada e incesante del capital es el proceso que da sentido al modo de producción capitalista, esa dinámica conlleva otros procesos coincidentes que tienen su común punto de arranque en el acaparamiento de los medios de producción-medios de vida, cuales son:

- La conversión del mayor tiempo posible de cada jornada de labor colectiva en tiempo de trabajo excedente convertido en plusvalor acumulado.

Lo cual conduce a:

- El control explotador sobre la máxima porción posible de trabajo vivo (es decir, de seres humanos).

Hecho que a su vez lleva a:

- La mayor apropiación y el mayor control posibles de su tiempo.
- El mayor control posible sobre su movilidad.

En torno a estos procesos se ha dado una constante e implacable batalla entre el Trabajo y el Capital a lo largo de la historia. Pero en este capítulo vamos a concentrarnos exclusivamente en el último de ellos a objeto de intentar aportar algunas consideraciones a la estrategia marxista de investigación al respecto.

Desde los mismos inicios del capital mercantil han sido constantes preocupaciones

1. Cómo procurar fuerza de trabajo al menor coste posible para las principales actividades productivas.
2. Cómo retener o “fijar” a una mano de obra que era desligada poco a poco de los vínculos de vasallaje, esclavitud o servidumbre.

1) Con la expansión colonial europea al resto del planeta y la formación del sistema paneuropeo internacional (Arrighi, 1999) que en el siglo XX devendría un sistema mundial, se fue extendiendo y consolidando un mercado primero internacional y luego mundial de materias primas y valores de uso en general convertidos en mercancías; más tarde también de bienes de equipo y de capitales. Uno y otros serían complementados desde el principio por la construcción de un mercado internacional, luego mundial, de fuerza de trabajo.

El papel de la adquisición de trabajo vivo intra y entre continentes para garantizar primero la acumulación originaria de capital y la producción colonial (esclavización y otras formas de trabajo forzoso de las poblaciones locales, movilidad esclavizada africana, movilidad de servidumbre de población asiática –*coolies*-), y asegurar después la explotación específica capitalista (automovilidad proletaria en cuanto que salariado dependiente), tuvo su primigenia importancia en las primero colonias y después periferias del sistema. Solamente con la revolución industrial las metrópolis o centros del sistema entrarían directamente en ese mercado internacional de fuerza de trabajo, con la exportación de millones de proletarios hacia las periferias. Un siglo después, mediado el siglo XX, por vez primera esas metrópolis comenzarían a importar de forma masiva fuerza de trabajo de las periferias¹.

La clave histórica ha sido disponer de, e incorporar permanentemente a la producción capitalista fuerza de trabajo exterior a la misma, esto es, no producida ni reproducida bajo condiciones capitalistas², como la forma más barata de incluir trabajo vivo al modo de producción capitalista. Esto ha implicado a) la destrucción de economías precapitalistas, con la consiguiente “liberación” de ingentes cantidades de población listas para ser “movilizadas”; y b) la preservación artificial de formas no capitalistas de producción en el conjunto de las periferias (y durante mucho tiempo la utilización de éstas como gigantescos “bantustanes”), como lugares de producción y reproducción de fuerza de trabajo bajo condiciones no capitalistas, listos para absorberla de nuevo cuando no se la requiera para la explotación capitalista (lo cual, en contrapartida, nunca estuvo libre de generar focos de resistencia étnico-popular, a menudo de forma endémica).

¹ La movilidad del trabajo vivo a los sectores estratégicos (economía extractiva de materiales preciosos, plantaciones de algodón para la industria textil y de productos alimenticios para al asalariado europeo; infraestructuras ferroviarias, de transporte, producción minera e industrial en las metrópolis...) ha sido imprescindible para el desarrollo de las formaciones centrales del sistema, que eran las que controlaban tales dinámicas y la movilidad y utilización del trabajo vivo, con las modalidades antes descritas que, lejos de sucederse linealmente, se han solapado en el tiempo y combinado a discreción.

² Por eso ha resultado siempre tan importante controlar la capacidad reproductiva de las mujeres, al mismo tiempo que la productiva (la pérdida de hombres a través de la movilidad migratoria forzada o “libre”, condujo a aumentar significativamente también su papel productivo). Aquel primer control fue objeto histórico de luchas de las mujeres, en forma de “huelgas de vientres”, para no parir seres humanos en condiciones de esclavitud, servidumbre o, en general, sobreexplotación. Los puntos hasta aquí tratados son ampliamente desarrollados en el excelente trabajo de Potts (1990).

De ahí que el encauzamiento de la movilidad de la fuerza de trabajo y su forma de incorporación sean al menos tan importantes como la producción y realización de la plusvalía en las dinámicas de acumulación y desarrollo desigual capitalistas, ya que son condición imprescindible de las mismas.

En esa acumulación tan determinante es incorporar la mano de obra directamente a través de su movilidad espacial o sectorial, como integrarla ocupacionalmente en la división social e internacional del trabajo, utilizada a menudo como “materia prima” in situ, para ser aprovechada o importada después como “trabajo objetivado”.

2) La fijación o retención del trabajo vivo es un proceso menos visible o siquiera, menos percibido, por cuanto, paradójicamente, se dice que uno de los rasgos que otorgan al capitalismo su distintividad es la *movilidad de la fuerza de trabajo*. De hecho, la proclamada condición fundamental de ésta en el modo de producción capitalista es que debe de ser móvil, esto es, capaz de ocupar los puestos y ubicarse en los lugares que requiera el capital. Tal condición, como es obvio, encuentra su lógica a partir de dos circunstancias que diferencian al capitalismo de cualquier otro modo de producción anterior: 1) el proceso de desposesión de los medios de producción de los seres humanos, lo que les deja en disposición (“libertad”) de ser móviles; y 2) el hecho de que la fuerza de trabajo *le pertenece* al trabajador o trabajadora (esto es, que es “dueño” o “dueña” inalienable de utilizarla). Estas circunstancias constituyen condiciones necesarias para que la fuerza de trabajo sea una *mercancía* (factor alienado de los propios seres humanos y base de su alienación). A su vez la *movilidad* de esa mercancía se predica como uno de los requisitos básicos de la génesis del capitalismo que remite a su propia razón de ser: la de la producción de productores desligados de medios de producción, sin sujeción estructural o económica a procesos productivos ni a lugares concretos de producción. Su conversión en proletarios supuso la movilidad primigenia capitalista (de poseedores de medios de producción a individuos desposeídos de ellos y por tanto disponibles para la asalarización o, en general, el trabajo dependiente). Es a ésta a la llamamos *movilidad absoluta* (De Gaudemar, 1979).

No obstante, esa renaciente movilidad tuvo que ser desde el principio o bien recortada en mayor o menor grado, o bien encauzada y en todo caso controlada para impedir la “salida” de los seres humanos de su condición de mercancía-fuerza de trabajo. Es decir, para asegurar y perpetuar su dependencia. Cuando esto no ha sido posible a través de la asalarización (con el siempre insuficiente salario)³, se ha recurrido históricamente a dos formas de sujeción:

1. Absoluta (esclavismo y otras formas de trabajo forzado)

³ La insuficiencia salarial fue complementada con la elevación del precio de los inmuebles y de los impuestos, a fin de imposibilitar la independización o establecimiento por cuenta propia de la mano de obra.

2. Relativa o embridada⁴. Entre sus formas más comunes encontramos el *indeture* o el *engagement*, la servidumbre, el peonaje, el trabajo de aprendizaje y las migraciones bajo contrato o religación al patrón.

Estas formas de impedimento de la movilidad se han venido imponiendo allí donde las relaciones sociales de producción capitalistas no consiguen suficiente grado de madurez como para desarrollar el campo de *lo social* con sus reconocimientos, intervenciones públicas y derechos en orden a permitir el trabajo dependiente asalariado como fuente de fijación eficaz por sí misma.

Con el desarrollo y madurez de esas relaciones sociales de producción estas formas de impedimento irían perdiendo importancia relativa a favor del trabajo dependiente asalariado (pero sin que aquéllas desaparecieran y siempre complementando a éste cuándo y dónde ha hecho falta); mientras que las referidas “formas de movilidad primitivas” exteriores a la reproducción del capital (la de seres humanos incorporados al proceso del valor del capital mediante su proletarización –ver De Gaudemar, 1981-), irían dejando paso a otras formas de movilidad internas al proceso de acumulación capitalista, que crecerían en importancia. Aunque por lo común al hablar de movilidad de la fuerza de trabajo se suele tener en cuenta únicamente la movilidad espacial, migratoria, lo cierto es que el Capital utiliza esa movilidad al menos en 4 sentidos:

- a. Como adaptación a los diferentes requerimientos de la organización de los procesos de trabajo (distintas jornadas de trabajo, permutas en los puestos de trabajo o necesidades de la creciente división social y técnica del trabajo en general, en orden a aumentar la productividad o bien la plusvalía). Esto es, en pos del desplazamiento tecnológico-organizativo del Capital.
- b. Como acoplamiento de la fuerza de trabajo a las demandas de unas u otras esferas o ramas de actividad, según expectativas de rentabilidad del capital.
- c. Como desplazamiento dentro-fuera del trabajo asalariado (empleo-desempleo; economía formal-informal, etc.)⁵.
- d. Como subordinación de la fuerza de trabajo a la propia movilidad espacial del capital y, dentro de ello, a sus dinámicas de concentración y centralización.

⁴ *Embridado*: cada vez que obstáculos de hecho y/o de derecho se oponen a la movilidad de la mano de obra, ya sea geográfica, sectorial, profesional, social o política. El economista Moulrier-Boutang (2006) ha desarrollado tan implacable como minuciosamente el proceso de *embridamiento* de esa fuerza de trabajo, o la forma en que el trabajo formalmente “libre” propio de la era capitalista (y ensalzado como tal por el ideario liberal), ha estado en realidad permanentemente sujeto a constricciones, de manera que su “libertad” es más la excepción que la norma. Tomamos aquí algunos de los puntos claves de su trabajo, aunque después discutiremos otros, como se verá.

⁵ Los dos primeros tipos de movilidad han significado, con frecuencia, despidos, rotación de turnos, cambios forzados de puestos de trabajo o de actividad y, en general, un elevado conjunto de penalidades relacionadas con la subsunción real del trabajo al capital. En cuanto al tercer tipo de movilidad, parece innecesario insistir en la miserabilización que provoca en los seres humanos.

Así pues, en su conjunto la movilidad de la fuerza de trabajo ha tendido a ser encauzada y sujeta en orden a conseguir su ductilidad, flexibilidad o subordinación adaptativa a las exigencias de acumulación de capital. Condición que entendemos como *movilidad relativa* (De Gaudemar, 1979), la cual se iría sumando a la movilidad absoluta con el desenvolvimiento del capitalismo y la consiguiente subsunción real del Trabajo al Capital⁶. *Es por eso que el estudio de la movilidad de la fuerza de trabajo no puede separarse del seguimiento de la puesta en práctica de las formas de trabajo y los cambios en los procesos organizativos del mismo, teniendo en cuenta que movilidad espacial y funcional se intersectan y combinan permanentemente en el modo de producción capitalista.* De ahí que sea tan necesario, también, el estudio preciso de las formas de valorización del capital y sus consecuentes formas de movilidad del Trabajo en cada momento histórico, a la hora de dar un sentido completo a los análisis migratorios.

De ahí también, en la otra cara de la moneda, la vital importancia no sólo del movimiento de la fuerza de trabajo o de los diferentes procedimientos de adquisición de la misma (dentro de los cuales el trabajo asalariado es sólo una modalidad más, combinada históricamente con otras modalidades forzadas o semiforzadas de trabajo), sino la incorporación concreta de ésta a los procesos de acumulación capitalista.

Las migraciones internacionales “libres” de mano de obra proletarizada, como parte de esos movimientos migratorios, están conectadas a todas las vertientes que acabamos de enumerar y entre otros resultados:

- a) disminuyen el tiempo de rotación del capital (por la disminución del tiempo de producción con el aumento de la intensidad), y
- b) permiten la persistencia de sectores de baja composición orgánica.

Procesos que coinciden en contrarrestar la caída tendencial de la tasa de ganancia.

De ahí que se haya enunciado que frente a la baja tendencial de la tasa de ganancia el Capital opone, entre otros dispositivos, la “ley de perfección tendencial de la movilidad del trabajo” (De Gaudemar, 1979:236). Por eso es tan importante tener en cuenta los flujos migratorios en tanto que elementos de la producción de la mercancía fuerza de trabajo que se ha venido dando a través del tiempo en las distintas formaciones sociales, y no sólo como componentes vitales de la circulación de tal mercancía. Cuanto más perfeccione o abarate los medios de transporte más podrá beneficiarse el desarrollo capitalista del acceso a más y más fuerza de trabajo, en mercados cada vez más alejados. Especialmente si ese transporte y sus costes corren a cargo de esta peculiar *mercancía*, única que puede desplazarse a sí misma o costearse su propia movilidad.

⁶ Trabajo y Capital, en mayúsculas, son entendidos como el “trabajador colectivo” y el “capitalista colectivo” de Marx. Por tanto, también, como sujetos históricos antagónicos.

Pero es en el cuarto sentido, el de la movilidad del capital –el cual obliga a tomar en consideración el mercado global capitalista-, en el que las migraciones internacionales de mano de obra proletarizada (-asalariada) adquieren especial relevancia y visibilidad.

En el decurso del capitalismo histórico el materialismo dialéctico las ha entendido ante todo como un dispositivo global de suministración de fuerza de trabajo así como de aportación de los elementos (étnicos, familiares, comunitarios, vecinales, etc.) de reproducción de la misma. De ahí que desde esa perspectiva las migraciones no puedan ser desligadas del análisis socioantropológico de cada formación social y de sus claves cultural-identitarias, ni se pueda obviar la especial significancia que en los procesos migratorios adquiere el componente de género, tanto como el factor comunitario (sea étnico, nacional, local, etc.), los cuales a menudo se refuerzan.

El aprovechamiento de la movilidad espacial de la fuerza de trabajo ha adquirido muchas formas en función de la distinta posición de unas u otras formaciones sociales en la división internacional del trabajo. Se expresan a continuación algunas de las plasmaciones históricas más importantes:

1. La expansión del capital a nuevas áreas geográficas ha llevado consigo en ellas la conversión de productores de subsistencia en trabajadores asalariados. Aquélla fue complementada frecuentemente con movimientos forzados de población de unas a otras formaciones periféricas y compaginada también a menudo con la importación de fuerza de trabajo de las zonas de previo desarrollo capitalista (estos últimos como procesos migratorios de los centros a las periferias del Sistema Mundial).
2. La acumulación intensiva de capital en las sociedades centrales ha generado procesos inversos de migración mundial, de las periferias a los centros del Sistema⁷.

Se ha señalado que cuando la migración laboral se produce de lugares con un mayor desarrollo de las fuerzas productivas, y por tanto también de la organización y conciencia del Trabajo, hacia lugares con menor desarrollo de estos factores, la tendencia histórica es que las migraciones de fuerza de trabajo favorezcan el incremento de la conciencia y la organización de clase en los lugares de llegada. Cuando se producen en sentido contrario la tendencia iría en detrimento del poder social de negociación de la fuerza de trabajo en su conjunto, tanto como de su agencialidad política.

⁷ Estas dos primeras dinámicas estuvieron en la polémica entre Luxemburg y Bauer en cuanto a cuál de las dos era consustancial al imperialismo de las sociedades centrales. Pero las migraciones de fuerza de trabajo de las colonias o periferias a las metrópolis (como proceso de alimentación de la sobrepoblación relativa), y el flujo inverso (en pos de la inversión externa de capital), no son sino fenómenos coincidentes con la extensión del capitalismo y su articulación hegemónica con otros modos de producción. Uno u otro de esos fenómenos complementarios adquirirá mayor incidencia en diferentes momentos según la dinámica del capital y la especialización prevalecientes en la economía mundial capitalista.

3. Ulteriores niveles de acumulación capitalista en las periferias han activado migraciones interperiféricas, y también migración de cierto tipo de fuerza de trabajo (sobre todo altamente cualificada) de las sociedades centrales a las periféricas.
4. Por fin, la importación de fuerza de trabajo ha estado históricamente vinculada al fortalecimiento o reproducción del dominio del Capital sobre el Trabajo en unas y otras formaciones sociales del Sistema, con especial significación en las centrales, mediante el aumento de la sustituibilidad de la mano de obra.

Si la condición asociada al desarrollo del capitalismo es la entrada de más y más población al trabajo asalariado, hay otra condición subsecuente que es la de rellenar constantemente la reserva de trabajo listo para ser asalariado, *dado que el poder relativo del Capital sobre el Trabajo está mediado por la tasa de reemplazo de la mercancía fuerza de trabajo que aquél sea capaz de mantener*. De hecho, algún autor ha llegado a precisar que el diferencial entre la tasa media de crecimiento del capital (g), y la tasa media de crecimiento de la fuerza de trabajo (n) determina si la economía capitalista tiende o no a extender sus fronteras. Si $(g-n)$ es superior a cero el poder relativo del Trabajo dentro de unas determinadas fronteras de la economía capitalista tiende a crecer. Ese poder relativo ejerce a su vez presión sobre el capital para que “se fugue” o expanda más allá de dichas fronteras⁸.

Pero a estos puntos hay que añadir un quinto a menudo descuidado en los análisis sistémicos:

5. Hay un elemento de autonomía en casi todas las migraciones. Éstas pueden ser vistas también como un elemento de ruptura o escapada de las relaciones de trabajo, de dependencia o subordinación, o, en general, como una “salida” de unas relaciones sociales en principio menos deseadas que las que se pretenden a través de la migración. Esto quiere decir que las migraciones contienen también un componente de sabotaje a las relaciones Capital-Trabajo construidas en el sitio de partida. Pero entrañan además la posibilidad de inyectar “turbulencia” en las relaciones laborales del punto de llegada e incluso en la propia vinculación de flujos entre uno y otro lugar. Esta condición podría enunciarse también diciendo que siempre hay una parte no controlable en el fenómeno migratorio, que no responde a intereses más o menos sistémicos (lo cual no quiere decir que no pueda ser explicado dentro de claves sistémicas).

Esto significa que la debilitación del poder social de negociación del Trabajo que se produce tendencialmente en un primer momento en el caso 2, puede ser contrarrestada por la diferente experiencia de autonomía, reivindicativa y de organización previas que aportan las nuevas migraciones. Su potencialidad disruptiva viene ligada a su situación de no integración por permanecer al margen de los dispositivos de fidelización políticos

⁸ Marglin, citado por Gordon, Edwards y Reich (1994:27).

y sociales de las sociedades de llegada (seguridad social, ciudadanía, derechos, relaciones laborales reguladas, etc.), como luego veremos. Pero ahí radica también su mayor debilidad estructural.

La línea de investigación que se ha acogido principalmente a ese quinto punto extrae una deducción que a menudo ha estado ausente de otros análisis: las migraciones por sí mismas no constituyen un “ejército de reserva” si a ellas no se le añade la condición de *embridamiento* (Moulier-Boutang, 2006), encaminada a debilitar la capacidad de respuesta de la fuerza de trabajo migrante.

Entender esto mejor requiere que consideremos a esa fuerza de trabajo como un caso de *trabajo exógeno*.

A lo largo de la historia en las diferentes entidades capitalistas hay que considerar invariablemente la interrelación entre una *fuerza de trabajo endógena*, con intercambios laborales regulares y estables, relativa libertad de movimientos y vinculada a mecanismos de integración social paralelos a la construcción de la propia ciudadanía, y una *fuerza de trabajo exógena*, incorporada “de fuera” y obligada a permanecer más allá de los márgenes de esa ciudadanía y de las condiciones de regulación laboral. Esta última es la que ha estado sujeta crónicamente a restricción política de movimientos o *embridamiento* directo a falta de aquellos otros mecanismos de “sujeción”. En ella se incluyen las distintas formas de trabajo no asalariado, las reservas demográficas listas para ser incorporadas al mismo a través de su previa proletarización o desposesión, las migraciones internas y también las interestatales, por ejemplo. Su presencia ha sido imprescindible para posibilitar los diferentes modos de regulación.⁹

El propio Estado se consolidó en cuanto que garante y regulador del aprovisionamiento de fuerza de trabajo, y como reproductor del carácter dependiente y exógeno de una parte variable de ésta. Aquí radica la razón de ser de las políticas migratorias.

Efectivamente, el que la división internacional del trabajo capitalista haya venido estando vinculada históricamente a la formación y consolidación de fronteras estatales, quiere decir que los Estados han jugado un papel determinante en la acumulación diferencial del capital a escala global.

Uno de los elementos que se han revelado necesarios para llegar a tal objetivo es el establecimiento de una desigual condición de la fuerza de trabajo. Para ello los Estados procurarán la diferenciación institucional de los procesos de mantenimiento y reproducción de la fuerza de trabajo según orígenes, generando un subtipo de ella

⁹ De ahí que, como sostiene esta línea de análisis, el esclavismo y las numerosas formas de trabajo dependiente embridado hayan sido acompañantes estructurales permanentes a la acumulación capitalista, y no solamente propios de la acumulación originaria. Robin Cohen (1999) da buena cuenta de algunas de esas formas y ofrece análisis pormenorizados de caso sobre las mismas.

especialmente vulnerable o desposeído de poder social de negociación en virtud de la atribución del estatus de *extranjera*¹⁰.

Además, partiendo del hecho de que entre las particularidades del “mercado mundial capitalista” destaca que en él, en realidad, no se produce una movilidad total de mercancías (como tampoco el capital se distribuye “libremente” en todas partes del mundo con independencia del origen estatal de sus dueños), *lo que resulta verdaderamente determinante en este peculiar mercado es que no existe movilidad “libre” de la fuerza de trabajo*. Esto significa que mientras que en una economía estatal todos los productores compran a precios uniformes sus insumos, incluida la fuerza de trabajo, en el mercado mundial esto no se cumple porque no hay movilidad libre de este factor, lo cual, junto a otras razones y consecuencias, permite que ni las tasas de plusvalía ni las tasas de ganancia se uniformicen a escala mundial, sino que están fragmentadas estatalmente¹¹.

La no libre circulación de fuerza de trabajo es básica para mantener diferentes precios de la misma, y por tanto la posibilidad de ganancia en las relaciones reales de intercambio de las formaciones sociales y entidades empresariales que dominan la división internacional del trabajo. También es factor que explica la histórica preocupación del Capital por controlar a su conveniencia la importación y exportación de esa especial “mercancía” en unos u otros mercados laborales locales o regionales.

La ley del valor capitalista conduciría a precios uniformes de las mercancías, incluida la fuerza de trabajo, en todo el mundo, si hubiera una nivelación mundial de la tasa de ganancia, la cual sólo sería factible si se diese una economía mundial capitalista homogeneizada, con un solo Estado capitalista. La realidad, empero, es que existen diferentes mercados ensamblados en algo que hemos convenido en otorgarle las características tendenciales de “sistema”, y que deviene de la articulación de relaciones de producción capitalistas, semicapitalistas y precapitalistas vinculadas entre sí por relaciones capitalistas de intercambio y dominadas por un mercado mundial capitalista.

De lo macroestructural a las explicaciones meso y microestructurales

¹⁰ En su manifestación extrema, en palabras de Sassen, “border enforcement is a mechanism facilitating the extraction of cheap labor by assigning criminal status to a segment of the working class – illegal immigrants” (1990:36-37). *Esto quiere decir*, entre otras implicaciones, *que la condición de nacional/extranjero se convierte en posición de clase que implica mayores o menores oportunidades de vida dentro del Trabajo y, por consiguiente se erige en factor clave de diferenciación interna del mismo.*

¹¹ Efectivamente, si en un país hay productores que producen más ineficientemente (con menos productividad) sus precios no serían competitivos y se verían pronto sancionados por el mercado. En cambio en el mercado mundial pueden incluso tener mayores tasas medias de ganancia, dado que podrán aprovecharse, entre otros factores, del menor costo de la fuerza de trabajo, pues no existe un precio global de la misma. (Para profundizar en los detalles económicos de esto, así como en sus consecuencias en la desigualdad y explotación entre países, ver Valle, 2000).

Ese manto o substrato capitalista penetra y atraviesa el conjunto de formaciones sociales y culturas, trastocando posibilidades de autoreproducción socio-cultural e impregnando racionalidades y voluntades. El diferente estadió en los procesos de subsunción real del trabajo al capital de unas y otras entidades socioculturales, los variados grados, condiciones y resistencias a esa subsunción, condicionan a su vez las oportunidades y opciones de vida de los agentes sociales individuales y colectivos.

Es por tanto dentro y a partir de estas consideraciones macroestructurales que se posibilitan y pueden entenderse los meso y microanálisis de las migraciones, que afectan a aspectos como las redes migratorias, las cuales a su vez condicionan las opciones grupales o familiares, y todas en conjunto constituyen el abanico de posibilidades y constreñimientos económicos, políticos, culturales, sociales, psicológicos y también ecológicos de dichas opciones (que muy difícilmente podrían convertirse en “estratégicas”). Opciones que no tienen porqué ajustarse a las coordenadas de “decisión racional” establecidas desde la teoría neoclásica (recordemos, además, que la prelación y escala de valores y necesidades para establecer decisiones presenta una enorme variedad cultural); como tampoco unas y otras razones tienen porqué ser complementarias o reforzarse mutuamente, sino que pueden interferirse e incluso entrar en contradicción¹².

Históricamente, a la par que se desarrollaba la lógica de acumulación del capital, la movilidad internacional de la fuerza de trabajo, componente sustancial de las migraciones de seres humanos en la época moderna, se ha expresado con frecuencia a través de la formación histórica de los que se han dado en llamar *sistemas migratorios*.

Más allá de las dudas sobre la consolidación teórica de tal concepto¹³, su construcción ha orientado el rastreamiento de los flujos migratorios humanos al menos de los dos últimos siglos, en cuanto que ha contribuido a esclarecer la formación de los mercados regionales de capital y de fuerza de trabajo. Si bien, más tarde, la dimensión mundializadora del capital ha incidido drásticamente en las relaciones históricas que

¹² Así por ejemplo, las redes pueden seguir fortaleciéndose y promoviendo la migración aun cuando unas determinadas condiciones políticas favorables (de demanda migratoria) hayan desaparecido.

Estudiar cómo y por qué se producen estos procesos, así como sus consecuencias en cada formación social, cada economía, cada zona o región, o incluso en cada localidad, cultura local, grupo étnico, grupo doméstico, etc., es tarea de unos u otros especialistas (historiadores, sociólogos, economistas, antropólogos, psicólogos sociales...), sin que la necesidad de concretar mediante los análisis particulares tenga que contradecir la escala explicativa fundamental (otra cosa es que se quiera disociar artificialmente *lo cultural* de *lo económico*, o valerse de lo étnico o el género, por ejemplo, como variables independientes para sus estudios y conclusiones).

Sobre las claves teóricas a partir de las cuales pueden dividirse los análisis sobre migraciones, tengo que remitir aquí por falta de espacio a Piqueras (2007).

¹³ Un *sistema migratorio* fue definido por Zlotnik (1992) a raíz de los trabajos de campo de Mabogunje sobre las emigraciones rural-urbanas en África, como la asociación, dotada de cierta vocación de permanencia y acompañada de un denso tejido de interrelaciones de diversos órdenes, que se establece entre una región receptora de inmigración y un conjunto de países emisores de emigración (cada uno puede estar compuesto, por tanto, por diferentes mercados migratorios). En el último cuarto del siglo XX habrían predominado cuatro sistemas migratorios: el estadounidense, el europeo, el de la península arábiga y el del sureste asiático.

han generado migraciones entre países y en los flujos establecidos entre ellos. De hecho, la evolución concreta de las economías de unas y otras sociedades ha terminado por dar lugar a unos determinados *mercados migratorios* (susceptibles de integrarse en antiguos o generar nuevos “sistemas migratorios”), los cuales están en permanente mutación al insertarse en el mercado global capitalista de fuerza de trabajo.

Es decir, que el mercado global capitalista de fuerza de trabajo se puede descomponer en diferentes *mercados migratorios*, con sus claves y racionalidad particular aunque insertada en la lógica sistémica, a través de los cuales se exporta e importa fuerza de trabajo global¹⁴ como trabajo exógeno principalmente. Tal importación de fuerza de trabajo puede estar relacionada con la escasez de mano de obra o con su disminución en unas u otras ramas o sectores de actividad, o bien con la demanda de fuerza de trabajo especialmente cualificada para una determinada actividad o puesto de trabajo, o, en compendio, con la escasez de fuerza de trabajo lo suficientemente dúctil o subordinada y, a través de su *embridamiento* institucional, conseguir la consecuente extensión del ejército laboral de reserva.

En el terreno del microanálisis, puede decirse que la fuerte atracción laboral, social, psicológica y cultural que han venido ejerciendo históricamente los sistemas y mercados migratorios sobre la fuerza de trabajo tiende a generar disposiciones sociales y psicológicas que se van sedimentando incluso culturalmente, y que pueden sintetizarse o concebirse como *síndromes migratorios* (Martínez Veiga, 1997) en las sociedades de exportación de fuerza de trabajo¹⁵. Tales disposiciones migratorias atentan en muchas ocasiones contra la racionalidad economicista o utilitarista de corto alcance (desafiando la cicatera cuenta de costos/beneficios). Otra cosa es precisar cómo las diferencias socioculturales y políticas tamizan en cada caso aquellas influencias estructurales.

Resumiendo, la paulatina conformación del capitalismo como Sistema Mundial genera en correspondencia una fuerza de trabajo mundial, una creciente fracción de la cual está en permanente “disponibilidad” para la migración, en principio según requerimientos de la acumulación capitalista (como un ilimitado *ejército de reserva* u “oferta inagotable”

¹⁴ Sassen (2001) se ha encargado de ejemplificar cómo las migraciones entre países responden por orígenes a estas circunstancias. Así por ejemplo, muestra que en Gran Bretaña el 60% de los extranjeros residentes a finales del siglo XX procedían de países asiáticos o africanos que fueron colonias o protectorados británicos. Tiene muy pocos inmigrantes europeos (3/4 partes de ellos son irlandeses). Apenas existe inmigración turca o yugoslava, por ejemplo. Mientras que Alemania (antigua RFA) absorbió más de 8 millones de personas con vinculación étnica “alemana”. Otros 3 millones de la antigua RDA. Tiene el 86% de los inmigrantes griegos en Europa. Casi el 80% de los inmigrantes turcos. El 76% de los yugoslavos. Por su parte Francia tiene a la mayor parte de los inmigrantes argelinos en Europa, 86% de los tunecinos, 61% de los marroquíes; casi todos los inmigrantes de “ultramar” que siguen bajo control francés; el 84% de los portugueses y españoles emigrantes en Europa.

¹⁵ Obviamente esos “síndromes” están mediados por muchos factores de tipo sociocultural, económico y político, que hacen al análisis concreto de cada caso (se ha insistido, sin embargo, como factor coadyuvante universal el de la “privación relativa”). En cualquier caso, los “síndromes migratorios” serían “autonomizados” por la ya mencionada línea interpretativa abierta por autores como Moulier-Boutang, como si se trataran de decisión soberana de los migrantes, en cuanto que “huída” de unas relaciones sociales adversas.

de trabajo, dispuesta a desplazarse bajo sus propios costos y riesgos): como *fuerza de trabajo migrante global*. Una fuerza de trabajo cuya movilidad está sometida al permanente intento de restricción, encauzamiento o dirección en virtud de aquellos requerimientos.

Esto no quiere decir por un lado que tales condiciones alcancen ni atañan al conjunto de población migrante por igual, y por otro que ni mucho menos la fuerza de trabajo migrante global sea homogénea ni que represente una misma fracción de clase. Antes bien, está segmentada, y esa es su mejor fuente de aprovechamiento, según origen, cualificación, género, generación, procesos de etnificación, etc.; todo y que la posición en la división social del trabajo de la que sus integrantes parten en las sociedades de origen no coincida necesariamente con la que lleguen a ocupar en las de destino.

Dentro de las estrategias del Capital está conseguir que la importación-exportación de esa heteróclita, exogenizada y segmentada mano de obra devenga un factor acompañante de los recurrentes mecanismos de socavamiento del poder del Trabajo, pero para ello tendrá que combatir permanentemente la vertiente desestabilizadora que acompaña a todo desplazamiento del trabajo vivo.

Lo que viene a continuación es un somero repaso de cómo se ha producido esto en el capitalismo histórico, a partir de la consideración de la movilidad espacial primero interestatal y después global, como partes de la movilidad absoluta y relativa del Trabajo en cuanto que mano de obra asalariada dependiente, es decir, como *capital variable*, cuando las metrópolis (centros del sistema) se incorporaron al mercado internacional (luego mundial) de fuerza de trabajo.

Apuntes sobre la inserción de las migraciones en el devenir del sistema capitalista desde la consideración de las formaciones sociales europeas.

I

El proceso de industrialización europeo resultante de la conversión de la producción manufacturera en producción fabril mecanizada, logró la independencia energética respecto del agua y significó por vez primera en la historia de la humanidad la utilización masiva de energía mecánica en lugar de la energía física humana o animal. Esta “revolución” productiva supuso, asimismo, sin embargo, la aceleración del proceso de proletarización (en el que prevalece la *movilidad absoluta* concomitante con la acumulación primitiva de capital).

La recién constituida *fuerza de trabajo* desposeída quedaba lista para convertirse en un ingente *ejército de reserva industrial* (mano de obra exogenizada) que permitiría generalizar las condiciones más duras de la explotación *moderna* (la de fuerza de trabajo dependiente asalariada, sin acceso a la ciudadanía). El último toque para conseguir esa conversión fue la agudización de la panoplia de dispositivos jurídico-

políticos tendentes a restringir la movilidad real de esa creciente población que se iba haciendo “libre”, esto es, formalmente móvil a discreción. Del *Settlement Act* a las *Corn Laws* y *Poor Laws*, pasando por los *workhouses* rurales, en el que fuera país delantero en el proceso de industrialización, todo un conjunto de medidas policiales, censos, implantaciones de documentos de identidad, etc., se intensificaron en los albores de la revolución industrial, acompañadas de dispositivos como “cartillas obreras” (que reglamentaban en Francia la movilidad interna) o las *Combinations Laws* (prohibiendo la asociación para conseguir aumentos salariales)¹⁶.

La combinación de proletarización y restricción de movimientos conseguía mantener la *externalidad* de una vasta población en los mercados de trabajo de la incipiente industrialización capitalista. La masa constante de nuevos proletarios (que emigraban permanentemente a los núcleos urbano-industriales) no sólo permitía que el precio de la fuerza de trabajo quedara muy por debajo de su valor, sino que posibilitaba también descuidar la reproducción física de esa fuerza de trabajo (con altísimas tasas de mortalidad laboral y una esperanza de vida muy reducida).

Ese enorme contingente de campesinos devenidos en proletarios no pudo ser absorbido sino en parte por la incipiente industria, en condiciones de explotación extensiva que entrañaban una creciente extracción de plusvalía absoluta. Los no incorporados al empleo, la parte menos preparada o capacitada para asumir los cambios económicos, también aquellos sectores más débiles de la mano de obra exógena o recién incorporada permanecieron como “fuerza de trabajo excedente”. La más “peligrosa”, por su inestabilidad y potencialidad desestabilizadora. Para ella estaban destinados los talleres de trabajo, hospitales, cárceles, en fin todo el conjunto de “instituciones totales” que tan bien describiera Foucault.

Pero una considerable parte de ella se vio forzada a, o “prefirió”, buscar la vía de la emigración fuera del continente europeo. Entre 1820 y 1930 lo harían unos 60 millones de personas. Los principales países generadores de emigración fueron aquellos en los que se había producido antes la transición industrial, muy especialmente Gran Bretaña, seguida de los países escandinavos y de los Estados alemanes y del anterior Imperio Austro-Húngaro. Éstos son denominados Países de Vieja Emigración, y las características de la misma son su condición de definitiva, con tasas de retorno muy bajas, compuesta por familias enteras con tradición artesanal, que se insertará, sin embargo, mayoritariamente, en el sector agrario de los países receptores (Sánchez Alonso, 2002).

En total, entre 1830 y 1900, 8 millones y medio de británicos, cerca de 4 millones trescientos mil alemanes, algo menos de ochocientos mil suecos y unos trescientos mil franceses siguen ese camino (Tortella, 1995).

¹⁶ Ver para un exhaustivo desarrollo histórico de estos puntos, retrotrayéndose al nacimiento del capital mercantil, Moullet-Boutang (2006).

La emigración de esa fuerza de trabajo “excedente” permitió aliviar en las sociedades europeas las enormes tensiones generadas por la mencionada eclosión de la proletarización que acompañó al proceso de industrialización, mediante la reducción del contingente de fuerza de trabajo que quedó fuera del proceso salarial (una considerable parte de las denominadas “clases peligrosas”): es sabido que un exceso desproporcionado de ejército de reserva puede hacerse inmanejable políticamente.

Así pues, la asalarización forzosa de la población europea, en condiciones de extrema explotación, primero extensiva y más tarde extensivo-intensiva, en lo que Marx llamó “fase orgiástica del capital”, fue acompañada de forma necesaria por esas migraciones.

Concomitante y complementariamente, según el trabajo esclavista iba disminuyendo en importancia¹⁷, las potencias coloniales de la época movilizaban de sus colonias asiáticas población neoproletarizada pero sin contrapartida salarial, mediante migraciones forzadas o de servidumbre hacia sus colonias americanas y otras, para los trabajos de la agroindustria exportadora o la construcción de infraestructuras.

II

A partir de 1875 se desata la primera gran crisis internacional capitalista, como consecuencia de un prolongado proceso de sobreacumulación y la consiguiente reducción de la tasa de ganancia a la sazón generalizada por vez primera merced a la internacionalización de la economía. Esto significa que se genera a escala interna de las sociedades centrales una destrucción de capitales no competitivos, que redundará en beneficio de las empresas mayores, las cuales se expanden a costa de aquéllos buscando las ventajas en las economías de escala, con el consiguiente incremento de la monopolización económica, de la que se servirán en adelante las principales empresas a través de acuerdos entre ellas, para frenar la caída de los precios mediante la limitación de la producción. También, por tanto, para imponer unas relaciones de intercambio desigual entre ellas y las economías semiperiféricas y periféricas, según se iba formando la división internacional del trabajo

En el ámbito del sistema paneuropeo internacional tiene lugar la exportación de grandes cantidades de capitales de las sociedades centrales hacia las periféricas, donde la tasa de ganancia era a la sazón mayor. Esos capitales se destinaron fundamentalmente a modernizar el sector exportador de las colonias, profundamente imbricado en el propio desarrollo de las metrópolis.

Cuando se estuvo en condiciones de implantar de forma monopolista o casi monopolista la base industrial de bienes de equipo en los países periféricos, se comenzó a poner los cimientos de la industrialización en cada vez más de ellos.

¹⁷ La inestabilidad política del esclavismo y el mayor riesgo sobre la inversión en mano de obra que entrañaba, eran razones que se sumaban a la principal: en un mundo de creciente economía monetarizada, una fuerza de trabajo esclava de grandes proporciones (sin retribución monetaria) no hacía sino obstaculizar el desarrollo de los mercados internos.

Detrás de los capitales se desplazaría la fuerza de trabajo europea: una nueva hornada emigratoria nutrida esta vez sobre todo por los Países de Nueva Emigración, los del Sur y algunos del Este de Europa.

Puede decirse que en general las sociedades europeas de vieja emigración siguieron una pauta similar de sostenida emigración continental en la década 1881-1890, para frenarse o descender algo en la siguiente y volver a despuntar a la vuelta de siglo (con la tradicional salvedad francesa y la particularidad excepcional de Alemania para este periodo), llegando a su apogeo justo antes de la Primera Guerra Mundial. A esto le sucede un breve repunte en el periodo de entreguerras, para remitir drásticamente tras la Segunda Guerra Mundial según razones que enseguida veremos.

En cambio los Países de Nueva Emigración, los de la Europa Mediterránea y del Este, comienzan su masiva expulsión de fuerza de trabajo a partir de la penúltima década del siglo XIX. Ésta es básicamente masculina, en su edad de mayor potencialidad laboral, con muy baja cualificación profesional y con relativamente altos porcentajes de retorno. Se insertará sobre todo en el sector industrial, urbano, de diferentes países americanos (Sánchez Alonso, 2002). Casi 3 millones de italianos, en torno a un millón cuatrocientos mil españoles y 706.000 portugueses, entre otros, dan vida a esa diáspora durante las dos últimas décadas del siglo XIX fundamentalmente (Tortella, 1995)¹⁸.

En conjunto, durante la segunda mitad del siglo XIX, la emigración exterior superó a la migración dentro de Europa occidental y central, donde la *movilidad relativa* industrial cobraba creciente importancia (y donde Inglaterra y Alemania ejercían de principales focos de atracción). Esta reducción del ejército laboral de reserva

“contribuyó a crear unas condiciones favorables para el surgimiento de movimientos obreros de masas en las décadas de 1880 y 1890” (Mandel, 1986: 23).

Los principales flujos de emigración europea tenían como destino las ex-colonias americanas en general, aunque también destacan las entonces todavía colonias del norte de África y del sudeste asiático, amén del continente australiano. Así por ejemplo, EE.UU. recibe desde la segunda mitad del siglo XIX hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial, unos 38 millones de europeos; mientras que Canadá y Argentina acogen a 7 millones respectivamente. Debido a la diferencia de población, el peso relativo o la importancia de la emigración fue mucho mayor en estos últimos países. De manera que, por ejemplo, el mercado de trabajo argentino aumentó en un 80%.

Sólo la gran depresión de comienzos de la década de los 30 hizo que las más importantes de aquellas economías frenaran temporalmente la importación de fuerza de

¹⁸ Ver Sánchez Alonso (1995:172) para seguir la evolución de las altas tasas medias anuales de emigración de diversos países europeos.

trabajo europea. Su propio ejército laboral de reserva se había agrandado de pronto enormemente.

Mientras tanto en Europa la carencia de fuerza de trabajo empezó a notarse en una economía que emprendía su pujanza industrial, como Alemania, y también en aquella con un crónico déficit de ejército de reserva industrial, como Francia. Tal carencia se compensó en parte con la importación de fuerza de trabajo de otros países europeos limítrofes, la cual estuvo sujeta a durísimos controles de fijación laboral, aplicando políticas especiales para prevenir la “violación de contratos” (es decir, que los trabajadores buscaran un empleo mejor), con disposiciones forzosas de retorno de los trabajadores con sus empleadores, penas de prisión y de deportación.

III

A la postre el ciclo expansivo iniciado en la última década del siglo XIX, coincidente con la fase propiamente imperialista de la expansión europea, resultaría ser sumamente inestable según se acrecentaba la dimensión mundial y mundializadora del capital. La pugna por la repartición del mundo entre los grandes monopolios estatales convocó un acelerado incremento del armamentismo, esto es, de los gastos improductivos (desciende el capital fijo y los medios de consumo, provocando una dispar ralentización económica en ciertas economías centrales, que experimentaron, no obstante, un breve ascenso económico entre 1924-1929). La competencia interimperialista generaría una inestabilidad de unos 30 años (1914 a 1945) por la primacía en el (nuevo) sistema paneuropeo internacional y el consecuente dominio sobre la centralización del capital.

Los periodos bélicos conllevaron un freno en la movilidad de fuerza de trabajo intraeuropea (de nuevo con la excepción del caso francés que mantuvo la importación de mano de obra para intentar compensar su sempiterna carencia). De hecho, como es tendencial en toda fase de descenso de la dinámica de acumulación capitalista, la inmigración se ve frenada u obstaculizada y la separación entre fuerza de trabajo endógena y exógena es proclive a expresarse en forma de animadversión explícita de la primera hacia la segunda, traducida a menudo por diferentes formas de rechazo cuando no directamente de racismo.

Tras la Primera Gran Guerra se producirá de nuevo una significativa emigración laboral europea, especialmente al continente americano, pero no así después de la Segunda, a causa de la depresión generalizada. De hecho, en el cómputo global, en los momentos álgidos de aquellos cataclismos bélicos y en los lapsus que les antecedieron y sucedieron, las migraciones laborales reducirían su importancia en favor de las migraciones “políticas” de refugiados y desplazados. Fueron de gran importancia las migraciones de huída de genocidios étnicos como el gitano o el judío y los desplazamientos masivos (y parcial exterminio) de pueblos como el armenio, el polaco o el palestino, entre los más destacados.

Igualmente, el fascismo, o la amenaza del mismo, junto con la guerra y todo tipo de intervenciones patronales antiobreras, consiguieron eliminar gran parte de la fuerza de trabajo organizada reivindicativa en casi todas las formaciones sociales centrales, o cuanto menos lograron su dilución organizativa, haciendo disminuir drásticamente el poder social de negociación del Trabajo (que había crecido de forma sustancial tras la revolución soviética). Todo lo cual dejaría sentir sus efectos negativos también en las periferias con alto porcentaje de proletarización y asalarización de su población, al otro lado del Atlántico.

IV

Después de las grandes conflagraciones interimperialistas, aprovechando su enorme “destrucción creativa” así como la alta inversión tecnológica acumulada, se inauguraría un nuevo modelo de desarrollo, de carácter intensivo, que llegó, con sus estertores, hasta el comienzo de la penúltima década del siglo XX y que conllevó la mercantilización de la actividad científica y su incorporación al proceso productivo, desarrollando al máximo la especialización y el aprovechamiento de los tiempos (tylorismo). Se completaron también los procesos de monopolización de los mercados y de intervención del Estado en la regulación de la dinámica económico-social.

Mientras tanto, el neocolonialismo sustituyó a la implantación in situ de los ejércitos y la apropiación directa de los recursos planetarios por parte de las potencias centrales, mediante el dominio económico-político mundial de éstas, asentado en una acabada división internacional del trabajo.

A pesar de ello, el sistema capitalista había perdido extensión territorial con la desconexión de la URSS y sus países europeos de influencia, a los que más tarde se uniría el país más poblado de la Tierra: China. La existencia de este “Segundo Mundo” sería determinante para la recomposición del poder social de negociación de la fuerza de trabajo en el conjunto de sociedades centrales.

En las formaciones sociales oeste europeas (con la excepción de España y Portugal, únicas que el inicio de la “Guerra Fría” condenó a permanecer con sendas dictaduras fascistas) la conquista de derechos socioeconómicos y los elementos regulatorios keynesianos que propiciaron un Estado Social, junto al círculo virtuoso de producción-consumo y cierta elevación de los salarios reales directos y sobre todo indirectos y diferidos, se concitaron igualmente para la integración del movimiento obrero y una generalizada implicación activa del Trabajo en el devenir capitalista.

El régimen de acumulación dominante que acompañara la formación del Estado Social fue el tylorista-fordista, el cual requería de la utilización de enormes insumos energéticos y naturales así como del empleo intensivo de grandes cantidades de mano de obra. Unos y otros de esos “recursos” serían proporcionados en buena medida por las antiguas colonias, ahora cada vez más transformadas en “Periferias” del Sistema. Pero también las

semiperiferias, como es el caso de los países mediterráneos occidentales, contribuyeron con la exportación masiva de fuerza de trabajo.

Un conjunto de factores coincidió en ese proceso:

- Por un lado, el agotamiento de las reservas de fuerza de trabajo en Europa occidental (incluida hasta cierto punto la femenina) a partir de la década de los 60, en función del alto nivel de producción-empleo, los servicios proporcionados por un creciente Estado Social y, en general, la terciarización de sus economías.
- Ello conduce a la elevación del nivel de aceptabilidad laboral de su fuerza de trabajo, que depende de su grado de cualificación y, en conjunto, de su poder social de negociación¹⁹.
- Por otra parte, la ola de independencias formales de las antiguas colonias, pareja a la neocolonización, coincide con su incorporación al mercado de trabajo mundial que se correspondía con una economía mundial entonces caracterizada por la concentración de los flujos de inversión en las economías centrales y, en general, por la rápida aceleración de la concentración y centralización del capital en ellas.

La culminación de la penetración y dominación económica, financiera y comercial de las sociedades centrales sobre las periféricas se traducirá en adelante a menudo no sólo en un dominio de las estructuras políticas de éstas por parte de aquéllas, sino también incluso en la subordinación social o pérdida de la capacidad de reproducción cultural de esas últimas. Dicho de otra manera, la subordinación económica entorpece o inhibe los mecanismos de reproducción autónoma de la cultura, como dispositivo inserto en unas determinadas relaciones de producción, lo que, entre otras muchas consecuencias, constituirá un factor de gran importancia en la facilitación de los *síndromes migratorios*, que en realidad poco tienen de “libre” movimiento y que a menudo ponen en entredicho la propia utilidad de los mismos como “deserción” de unas condiciones sociales o laborales adversas hacia unas pretendidamente mejores, pues ese “salto” desafía con frecuencia tal elemento de racionalidad de bienestar, de la misma manera que cuestiona la estrecha racionalidad economicista de los costos-beneficios.

Circunstancias estas que se retroalimentarían con el conjunto de transformaciones estructurales que con diferentes tiempos, extensión e intensidad se producirían en unas y

¹⁹ El *nivel de aceptación* de las condiciones de trabajo es una relación política, y está en función del poder social de negociación que tengan unos y otros sectores de la población activa (según la posición que se ocupa en el sistema de reproducción social, tanto por adscripción familiar como individualmente en la estructura de clases), el cual a su vez es proporcional al menor grado de sustituibilidad de aquéllos. El *nivel de aceptación* indica el límite por debajo del cual unos determinados empleos o condiciones de empleo se consideran “socialmente inaceptables” (Cachón, 1995 y 2002). Las economías centrales habían hecho crecer de manera significativa la inversión pública en “capital humano”, lo que había hecho aumentar la cualificación de su fuerza de trabajo. Como se sabe, una fuerza de trabajo que ha realizado una inversión de tiempo y esfuerzo para lograr esa cualificación no es propensa después a aceptar trabajos para los que no se requiere cualificación o la exigencia de ésta es notablemente inferior a la conseguida. Tal predisposición negativa se ve reforzada si existe un poder social de negociación alto, como existía a la sazón dentro del marco del Estado keynesiano y sus altos niveles de empleo.

otras formaciones periféricas, originando primero grandes migraciones internas en ellas y después, en menor medida pero en adelante con tendencia a cronificarse, externas o internacionales.

En resumen, que la totalidad de la población mundial, convertida más y más en *fuerza de trabajo* a través de su proceso de proletarización universal, *se movió* hacia donde se concentraban y centralizaban también las oportunidades de vida (dejaremos de lado por ahora la importancia relativa de la “autonomía” en tales movimientos, para discutirla más adelante). A las migraciones campo-ciudad que se multiplicaron en el conjunto de las formaciones sociales periféricas como réplica de las que habían tenido lugar en las centrales, se sumó la emigración exterior. Lo que quiere decir que por primera vez en la historia moderna se invertirían los flujos migratorios mayoritarios: ahora se producirán desde las sociedades *periféricas* a las *centrales*, fundamentalmente.

Una primera manifestación de esa inversión de flujos fue la que protagonizó la población trabajadora de las ex-colonias desplazándose a sus antiguas metrópolis de la Europa Central (amén de las migraciones de retorno europeo postcolonial). Pero también, como se ha dicho, un buen porcentaje de trabajadores de la Europa Periférica (mediterránea) les acompañaron en esos flujos hacia las economías europeas predominantes. Entre 1955 y 1974 cerca de 4 millones de italianos, 2 millones de españoles, 1 millón de portugueses, 1 millón de yugoslavos y casi otro millón de griegos emigraron hacia el centro y norte de Europa (Cachón, 2002)²⁰.

En esos momentos las nuevas economías centrales no europeas que habían emergido a caballo entre el siglo XIX y el XX continuaban en fase de expansión fordista con una alta demanda de fuerza de trabajo, especialmente de baja cualificación; mientras que las viejas economías centrales europeas, que estaban reconstruyéndose al tiempo que levantaban su Estado “Social”, desarrollarían también una alta demanda de mano de obra que terminaría por agotar el ejército laboral de reserva propio, justo cuando subía también la cualificación general de su población trabajadora. Lo que quiere decir que pronto generarían igualmente una demanda importadora de fuerza de trabajo, también sobre todo de baja cualificación.

Con miras a satisfacer esa demanda es que se establecieron medidas de procura de mano de obra por parte de aquellas economías, lo que se tradujo en una amplia facilitación de la inmigración en ellas. Entre estas medidas podemos señalar la captación en origen de la fuerza de trabajo, a menudo acompañada de diferentes tipos de incentivos. También contribuyó a ello la disposición de condiciones muy especiales para la fuerza de trabajo proveniente de las antiguas colonias, a las que se sumaba el sistema histórico de vínculos y dependencias entrelazados entre aquéllas y sus metrópolis tradicionales.

²⁰ Ver también Cachón (1995 y 2002) para las “mutaciones” o fases del sistema migratorio europeo que aquí describimos.

Por su parte, los países sin un pasado colonial arraigado tuvieron que recurrir más intensamente a la captación en origen por parte del propio empresariado, por más que las condiciones de residencia cayeran bajo responsabilidad del Estado, como fue el caso de Suiza. La República Federal Alemana, con su política del *Gastarbeiter* u “obrero invitado” (de la que se harían eco otros países como Holanda), se basó en una acción estatal de captación de mano de obra, facilitando las condiciones de traslado, estancia y alojamiento de la población migrante. Población que era considerada como “invitada” para realizar labores productivas, y por tanto merecedora de los servicios de atención necesarios (con salarios que para ella eran comparativamente muy superiores a los de sus sociedades de origen), pero que no obstante se consideraba que su destino final no era la integración como parte de la población “nacional” (incorporándose a la ciudadanía), sino que, una vez finalizada “su aportación”, debía volver a sus países de procedencia.

Si bien este fue el caso paradigmático, parecidas disposiciones y objetivos presidieron las políticas migratorias de las formaciones centrales europeas, que admitían la inmigración sólo con un permiso de trabajo por medio, por periodos restringidos y para determinados empleos y áreas solamente. Teniendo en cuenta que ese permiso laboral podía ser retirado por diferentes razones, la fuerza de trabajo quedaba bajo presión continua, incluso de la deportación. La distinción legal entre “extranjero” y “ciudadano” marcaba la linde de los derechos civiles y sociales de los que se podía disfrutar (Castles y Miller, 2003).

Paralelamente, EE.UU., como el resto de las nuevas economías centrales, revisó en profundidad sus leyes migratorias para permitirse el acceso a esa fuerza de trabajo mundial excedente (anteriormente a 1965 sólo favorecía la inmigración de población caucásica, muy especialmente, europea; Canadá abriría sus puertas a la fuerza de trabajo periférica en 1966; por su parte, Australia -uno de los pocos países centrales que admitieron inmigrantes para asentamiento permanente-, tras dejar de lado en los años 70 sus criterios de aceptación de inmigración que priorizaban o seleccionaban el origen “occidental”, vio crecer el porcentaje de población inmigrante proveniente de las periferias, pasando a suponer el 20% del total en el periodo 1970-1974, y llegando al 60% en 1990-1994 –IOM 2005-). EE.UU. realizó esfuerzos semejantes al resto de economías centrales con la implicación directa de sus empresarios en la captación y traslado de inmigrantes, lo que contó con cuantioso dinero público para “la importación de ciudadanos” (Malgesini, 1998:49). En su caso y en ese momento histórico, tales esfuerzos se dirigieron a las poblaciones de las sociedades colindantes, sobre todo las caribeñas y muy especialmente Puerto Rico. Aunque a diferencia del caso alemán, se abrieron más posibilidades para la nacionalización y residencia permanente de esa inmigración (que sin embargo iba siendo sustituida por otra con menos perspectivas de nacionalizarse cuando la primera asumía la ciudadanía). Las políticas de captación de las empresas privadas continuaron aun después del abandono estatal de tales políticas, como nos recuerda Malgesini (1998).

Así pues las políticas migratorias del momento, encaminadas a importar fuerza de trabajo en gran escala, generaron una considerable migración internacional de las periferias a los centros del Sistema, la cual hizo posible la reproducción del ejército de reserva laboral y con ello un respaldo importante para la contención de los salarios a límites que permitieran compensar el descenso de la tasa de ganancia. Todo ello a pesar del proceso virtuoso de producción-consumo, desarrollo de los salarios indirectos y elevación general del poder social de negociación que se desarrollaban junto a una sostenida acumulación de capital en las sociedades centrales.

Sin embargo, estas migraciones laborales de la era keynesiana, que se han dado en llamar *migraciones fordistas*, se dieron en buena medida como flujos organizados de mano de obra fundamentalmente masculina, a menudo mediante acuerdos bilaterales, y que aun exogenizada se insertaba en *mercados protegidos* bajo la supervisión de los Estados y la protección sindical (Pedreño, 2005). Al enmarcarse dentro de la institucionalidad del trabajo regulado no tuvieron tanta repercusión en primera instancia sobre el poder social de negociación colectivo ni alteraron en gran medida la correlación de fuerzas Capital-Trabajo. Lo que sí hicieron fue dar una mayor posibilidad a los mercados laborales centrales para adaptarse al cambio de ciclo que se avecinaba, de expansivo a contractivo, en el que, a través de la ofensiva neoliberal, se modificaría también sustancialmente la regulación social en detrimento del Trabajo en la práctica totalidad de las sociedades.

Aquel contingente exógeno proporcionaría cierto margen de maniobra y ventaja al Capital para intervenir estratégicamente en la nueva coyuntura que se avecinaba en la economía mundializada.

El cambio de ciclo. Contracción de la acumulación capitalista o fin del ciclo de expansión keynesiano. Se profundiza la necesidad de generar fuerza de trabajo migrante global como fuerza de trabajo excedente universal exogenizada.

A partir de los últimos años 60 del siglo XX, y especialmente con la fractura de 1968-1973, se pone en evidencia el agotamiento del modelo de desarrollo keynesiano. Lo cual tiene que ver con las enormes inversiones realizadas en capital fijo a que obligaba la creciente competencia interempresarial, así como también con la elevación de los gastos de capital variable consecuente con la fuerza y el aumento del poder social de negociación de las organizaciones del Trabajo. A ello se uniría la saturación nacional de la demanda, especialmente de bienes de consumo durables, que hace patente de nuevo la sempiterna pesadilla de la sobreproducción capitalista (con la consiguiente caída de la rentabilidad y, paralelamente, de la inversión). Tales contradicciones coincidieron, además, con la primera crisis energética de dimensiones mundiales.

La clase capitalista transnacional hizo frente a esta conjunción de procesos desatando una ofensiva que buscaba al mismo tiempo la recuperación de la tasa de ganancia y la reestructuración de su poder de clase: la modificación duradera de la correlación de

fuerzas entre el Capital y el Trabajo. Tal ofensiva se antojaba imprescindible para emprender la procura de un substancial incremento en la explotación de la fuerza de trabajo mediante la generación de mayor plusvalía absoluta. El aumento del desempleo estructural para reducir los precios de la mano de obra por debajo de su valor acompañaría a aquella ofensiva de cara a contrapesar parcialmente la tendencia decreciente de la tasa de ganancia.

Es decir, que en adelante la acumulación capitalista presentará una mayor dependencia respecto de la extraexplotación de la fuerza de trabajo, lo que será a la vez testimonio de la fortaleza de la dominación de clase y de la debilidad de sus fundamentos económicos, al sumirse en la contradicción de menoscabar seriamente la capacidad de consumo de las poblaciones.

Aquellos objetivos, sin embargo, no se podían conseguir dentro del marco keynesiano de regulación salarial, con un Trabajo fuerte, dada la institucionalidad de sus conquistas históricas.

A pesar de que se había ido contrarrestando la escasez de la oferta de trabajo mediante las políticas pro importación de la misma, cabía también ahora afectar a las condiciones de su fortaleza, trastocando drásticamente los pilares de la estabilidad y seguridad laboral mediante la flexibilización e informalización de los mercados laborales y la puesta en marcha de nuevas formas de producción y nuevos ajustes tecnológico-organizativos tendentes a socavar la fortaleza del Trabajo en los procesos productivos.

Buena parte de esas medidas estuvieron conectadas directa o indirectamente con un desplazamiento espacial del capital (*deslocalización*) hacia los lugares de abundante fuerza de trabajo excedente, primero en diferentes territorios de las propias sociedades centrales y semicentrales, y después en un amplio abanico de sociedades periféricas (donde su aprovechamiento se materializa como *trabajo objetivado* importado, más barato). Esto suscitó crecientes migraciones interperiféricas, hacia aquellos lugares que concentraban mayor inversión (ver los sistemas migratorios aludidos en nota 13).

En suma, una parte significativa de la inversión productiva se trasladaba allí donde había reservas de fuerza de trabajo excedente, con bajo o muy bajo poder social de negociación y con bajas expectativas de demanda. Esto es, una fuerza de trabajo tendente a medir más por lo bajo sus propias necesidades, con pretensiones menores (al menos a corto plazo) en cuanto a su nivel de vida, y que por tanto se adapta mejor a peores condiciones laborales y salariales (*bajo nivel de aceptación laboral*).

Pero además, y para abundar en la depreciación del factor trabajo, ese desplazamiento espacial se combinaría con la importación de fuerza de trabajo excedente a casa (una fuerza de trabajo excedente que se estaba haciendo cada vez más universal²¹). Es decir, que las reestructuraciones neoliberales de los mercados laborales en buena parte del

²¹ Al sobreabundar y hacerse incluso en parte innecesaria como ejército de reserva, iría arrojando el resultado de una fuerza de trabajo “excedente”, entrañando la *desechabilidad* de cada vez más seres humanos.

planeta fueron acompañadas por unas nuevas disposiciones migratorias. Para la clase capitalista de las sociedades centrales se trataba en primer lugar de ampliar su acceso a la fuerza de trabajo mundial, especialmente la más dócil o de más bajo nivel de aceptación laboral, de manera que contribuyese a intensificar la subordinación de la fuerza de trabajo local.

La importación de fuerza de trabajo del resto del mundo estaba llamada a cumplir esos objetivos en general. En lo concreto, la fuerza de trabajo migrante global se incrustó en, y potenció, la *movilidad relativa* del Trabajo que se estaba exacerbando con los nuevos procesos productivos neoliberales basados en la flexibilidad, segmentación e informalización, así como en una fuerza de trabajo de “usar y tirar”, itinerante y sujeta al modelo “just in time”. Ciertamente fue más empleada en las empresas con escasos márgenes de beneficios, sujetas a los vaivenes de la demanda, reduciendo en general la presión para introducir nuevas técnicas de producción sobre los sectores menos competitivos merced al abaratamiento del capital variable. Pero también los sectores punteros se beneficiaron crecientemente de ella, al posibilitarles una mayor rotación de turnos y prolongación de horarios, permitiendo operar al capital a plena capacidad.

En general, puede decirse que el incremento de la economía informal, los mercados laborales desregulados y el aumento de sectores de producción degradados, se combinaron con la proliferación de servicios financieros e incluso de servicios a terceros propios de las clases medias, para erigirse en fuertes atractores de *fuerza de trabajo migrante global* (constituyendo el auténtico “efecto llamada” de la misma), que facilitaría su importación selectiva.

Todo lo cual no se explicaría sin la construcción institucional de la *vulnerabilidad* de esa fuerza de trabajo, que quedará sin apenas lazos sociales y menos aún políticos, segregada de la fuerza de trabajo autóctona e inusualmente dependiente de sus propios patronos, más dificultada, por tanto, de sumarse a las luchas del Trabajo.

La economía política de la extranjerización se intensifica y generaliza

Si, haciendo una lectura específicamente dialéctica del marxismo, pensamos que las relaciones sociales de producción tienen un estatus de paridad respecto de las fuerzas productivas (o al menos no subordinado), podemos entender que las disposiciones políticas y jurídicas sean dispositivos internos a la dinámica de acumulación capitalista, en cuanto que condición necesaria suya, antes que su mero reflejo.

Esta premisa es importante para entender el siguiente orden de explicación.

La forzada inversión del Capital en organización social es capaz de generar externalidades positivas que tienden a fijar al Trabajo frente a su desafección y desertión. Al aumentar la integración del conjunto de la economía (regulación social de los mercados, contratación indefinida, seguridad social, etc.), la socialización de la

producción y las inversiones previas a la producción (infraestructuras, “capital humano”...), se posibilita igualmente la instauración de un modelo de transacción laboral con sueldos relativamente altos, alta productividad y libertad de movimiento del salariado. Esto por su parte permite que la dominación sea visible, en todo caso, en la relación laboral, dejando parcelas de “libertad” en la vida cotidiana (ver al respecto Moulrier-Boutang, 2006).

Sin embargo, la existencia de estatutos diferentes de trabajo en los mercados internos de cada formación social gracias a la incorporación de una fuerza de trabajo exógena (en el caso de las sociedades centrales particularmente en cuanto que inmigrante, en la actualidad)²², deja fuera de tal modelo de integración o “retención” de la fuerza de trabajo al sector externalizado. Las tendencias externalidades negativas resultantes, en forma de movimientos incontrolados por parte de este sector en busca de mejores situaciones, desestabilización contractual o inestabilidad laboral y social, entre otras, se intentan atajar mediante la concatenación de políticas migratorias. Ellas suponen la producción de externalidades públicas (intervenciones políticas) como respuesta a las externalidades de torsión o “fuga” de los agentes. Es ésta una especificación particular del control de la fuerza de trabajo exógena, que pasa por su doble constricción temporal: restricción del plazo de residencia e imposibilidad de abandono de empleo o sector. Lo cual redundando en la limitación de su poder social de negociación y, en última instancia, en su *vulnerabilidad*.

De manera que si a través del desarrollo de la ciudadanía y de los poderes públicos en forma de políticas sociales, se contrapesaba la situación de dependencia del salariado endógeno, con el trabajo exógeno sucede al revés, tales políticas se activan en orden a minorizarlo.

Si el estatuto del trabajo exógeno es su temporalidad, toda la regulación reglamentaria va encaminada en esa dirección: establecimiento de condiciones sociales discriminatorias en orden a repercutir sobre la incertidumbre de su contrato, elevar la subordinación en la relación laboral e incrementar el riesgo del desplazamiento, con el consiguiente aumento de la dependencia de la fuerza de trabajo migrante.

Por eso, en los mercados segmentados, discriminatorios, lo que se compra es la no movilidad social del trabajo asalariado dependiente.

La importación de trabajo exógeno se convierte en etnicización del mercado laboral, la cual conduce a su vez la constitución de minorías en el plano cívico y político (cuanto más respondan los migrantes reagrupándose mayor será la tendencia a su conversión en minorías).

Pero todo este entramado tiende a desvirtuarse con la integración de la fuerza de trabajo migrante de larga duración, con las segundas y terceras generaciones y con las luchas

²² Esto no hace sino generalizar a escala social lo que las empresas tienden a realizar a su nivel, que no es sino la continua externalización de una cierta fuerza de trabajo (convertida en exógena).

sociales y políticas de esta particular fuerza de trabajo. Por eso y para contrarrestar tal tendencia a la endogenización del trabajo exógeno, es que la segmentación laboral resulta íntimamente unida a la discriminación social y ésta a la construcción política del racismo. Habría que hablar por tanto de una *economía política del racismo* en la que el viejo racismo de dominación se ha trasmutado hoy a menudo en un racismo de aversión (por eso pasamos también del *apartheid* a la segregación laboral y urbana)²³.

Pero la *movilidad relativa* de la fuerza de trabajo ha sido una movilidad encauzada y restringida no sólo en su vertiente espacial, ya sea intra o interestatal, sino también en su aspecto endógeno o inherente a la producción-circulación del capital. En referencia a la primera, las formaciones sociales importadoras de fuerza de trabajo no sólo fueron incrementando la velocidad de rotación y valorización del capital al aumentar, entre otros factores, la movilidad relativa del Trabajo (gracias en parte a aquella importación laboral), sino que en adelante buscarían también aumentar la propia rotación de la fuerza de trabajo, potenciando su vuelta al país de origen –temporal o definitiva- y su reemplazo por nuevas hornadas.

Con ello, los países importadores de esa *fuerza de trabajo migrante global* (exogenizada) conseguían todavía más ahorros en servicios sociales e infraestructuras a costa de aquélla, y en general se desentendían crecientemente de los costos de reproducción de la misma, cada vez más externalizados (a sus propios grupos domésticos, comunidades, grupos étnicos o países de origen, según los casos). Lo cual hacía asimismo cada vez más importante el papel de las mujeres no ya sólo en las migraciones laborales, sino también en las de reproducción del Trabajo, camufladas bajo el rótulo de “reagrupación familiar”.

Merced al conjunto de transformaciones “neoliberales”, así como a su particular crecimiento económico, es que a partir de los años 80 y sobre todo de la segunda mitad de lo 90 del siglo XX, por primera vez los países europeos mediterráneos, hasta entonces grandes exportadores netos de mano de obra, se hacen receptores masivos de migraciones, haciendo de sus mercados laborales firmes mercados migratorios²⁴. En general, en esas sociedades la inserción de la fuerza de trabajo devendrá más y más fundamentalmente precaria, “flexible”, fuera de la protección sindical y, cada vez más frecuentemente, al margen de la ciudadanía. Con lo que el encauzamiento o movilidad dirigida del propio trabajo endógeno se verá igualmente intensificado.

Estas circunstancias se irán haciendo extensibles, aunque con diferente intensidad o grado de importancia, al conjunto de sociedades centrales europeas.

²³ Ver el desarrollo de estos puntos expuestos en Moulier-Boutang (2006).

²⁴ Remito a Piqueras (2007) para el seguimiento de esa transformación en el caso español.

Cambios en los patrones de importación de fuerza de trabajo y en la movilidad de la misma. Nuevas características migratorias.

Tenemos, entonces, que si en el conjunto de sociedades centrales a mediados de los años 80 del siglo XX se había logrado dejar de tener problemas en cuanto a la escasez de oferta de trabajo, en lo sucesivo haría falta completar tal medida con el hecho de que la inserción socio-laboral y política de aquella fuerza de trabajo importada se realizara en condiciones de mucha mayor precariedad que durante la fase keynesiana.

La consecución de este último objetivo se daría a través de medidas aparentemente contradictorias con esa política de importación: el cierre de fronteras y el endurecimiento de las disposiciones migratorias.

Veamos. Para la Europa llamada “Occidental”, y puede decirse que para el conjunto de las economías centrales, 1973 supone no sólo el estallido de la crisis energética, sino el momento de inflexión o de visibilidad de la decadencia de un régimen de acumulación y de su modelo de regulación social. La gran conmoción que ello supuso en los mercados de trabajo europeos tuvo como consecuencia inmediata el fin de las políticas de reclutamiento y muy pronto el comienzo de las que estimularon el retorno de los “trabajadores invitados” a sus países de origen.

Una vez más en la bajada del ciclo de acumulación, y en un lapsus brevísimo (a mediados de los años 70 del siglo XX), se pasó de la captación de inmigrantes a diseñar fuertes medidas restrictivas sobre la inmigración²⁵. Por vez primera en las formaciones sociales europeas, de forma intensa y generalizada, la preocupación expresada a través de múltiples dispositivos y leyes previniendo contra la emigración o “salida” de la fuerza de trabajo, sería sustituida en un lapsus brevísimo por la prevención contra la inmigración no querida, consideración que atañe tanto a la cantidad como sobre todo a *la forma* en que la fuerza de trabajo exógena se incorpora al mercado migratorio laboral.

Aquellas medidas restrictivas se entrelazarían en breve de forma coherente en los planos jurídico, político, económico, social e incluso cultural, en un *continuum* que ha pasado por el cierre de fronteras, la promulgación de leyes represivas y la construcción político-jurídica del *ilegal* (como inmigrante pobre e indocumentado que forma parte de la

²⁵ La secuenciación de esas medidas que se van unificando o coordinando para la UE, similares a las del resto de las sociedades centrales, puede seguirse en Piqueras (2007). Dentro del aumento de disposiciones de represión migratoria destacan en la actualidad las cada vez más extendidas exigencias de “integración cultural” o los “contratos de integración” (que persiguen entre otros objetivos la desclasación de la fuerza de trabajo importada), basados en la *racificación* de la diferencia o la *cosificación* de la cultura. También cabe mencionar los sistemas de regularización permanente o los programas de permisos de trabajo, así como las propias campañas de repatriación. Actualmente incluso está sometida a debate parlamentario en la UE la discriminación sociolaboral por ley de la fuerza de trabajo inmigrante. Por su parte, la coordinación de las políticas migratorias a escala planetaria va consolidándose a través de la Iniciativa de Berna, de donde sale una Agenda Internacional sobre Migración Internacional; evidenciándose también en el rápido aumento de asociados de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM).

fuerza de trabajo que se costea su propia exportación, fuera de los flujos más o menos regulados), la *extranjerización* de porcentajes variables de la población residente en cada Estado, la construcción racial de la distancia cultural y la inasimibilidad de la diferencia, la clandestinización y consiguiente desprotección de una parte considerable de la fuerza de trabajo, así como la etnificación jerárquica de la misma y la segmentación étnica (y “racial”) de los mercados laborales²⁶.

Esta paradójica complementariedad de procesos de cierre de fronteras e importación de fuerza de trabajo excedente mundial²⁷ es comprensible si entendemos que aquellas medidas no paralizaron los flujos, sino que cambiaron su composición²⁸. Si antes se favorecía la inmigración legal y se posibilitaba hasta cierto punto la reagrupación familiar con la llegada de familiares de las personas ya instaladas en una sociedad, ahora se impondrá otro tipo de inmigración más apta para las nuevas circunstancias de endurecimiento de los mercados laborales, e incluso para la semiclandestinidad o clandestinidad en que tendrá que desenvolverse la nueva fuerza de trabajo (muy especialmente en las sociedades de nueva inmigración). En consecuencia, será también otro el tipo de personas que podrán emigrar. La autoselección de los migrantes, favoreciendo para el salto migratorio a los más aptos, los más fuertes, los más cualificados, es proporcional al endurecimiento de las fronteras: más se cierran éstas más requieren de seres humanos motivados, mejor pertrechados y preparados.

De esta forma, las políticas migratorias de los diferentes Estados, cada vez más uniformadas o coordinadas, se convierten en modelos de generación de exogeneidad más y más asociada a la irregularidad y la vulnerabilidad²⁹.

En coyunturas como éstas es cuando puede constatarse la relevancia y relativa autonomía causal de la llamada “cultura migratoria” y de las redes sociales, ya que la migración desde las Periferias se siguió imponiendo a los primeros diques estructurales

²⁶ La *extranjerización* como construcción social necesaria para el funcionamiento de un mercado laboral exógeno, supone una gradación de cercanía/lejanía que se modifica históricamente, y que tiene su más extrema expresión en la *racificación* y supuesta *inasimibilidad* de la alteridad.

²⁷ Complementariedad que en el plano de las políticas de desarrollo tiene su correlato en la inflexión que con el cambio de circunstancias se hará en el *codesarrollo*, previo desmantelamiento de los dispositivos keynesianos de la cooperación y el fin del neocolonialismo (al comenzar la fase actual de *recolonización* o *globocolonización* del planeta). El neologismo del *codesarrollo* describe el hecho de que la anterior praxis de la “cooperación” va siendo más y más condicionada por la posibilidad de negociar entre formaciones sociales centrales y periféricas mediante las migraciones.

²⁸ Como efecto paradójico de ese cierre migratorio de las sociedades centrales europeas, según ha sido advertido por numerosos autores, se obtuvo también que se elevara el nivel de permanencia de los inmigrantes que ya residían en esos países, precisamente por temor a salir y que no se les permitiera volver a entrar en los mismos

²⁹ Esto, entre otras consecuencias, provoca incluso la contradicción o el choque con la proclama republicana que en su acepción paradigmática francesa propone la integración por “asimilación” (ver una interpretación al respecto en Miquel, 2007). Pues aun la asimilación queda fuera del alcance de esa nueva categoría de “semiciudadanos” o “no-ciudadanos” (nuevos “metecos”, según han apuntado diferentes autores) en que se ha convertido un creciente sector de la fuerza de trabajo importada.

puestos a la migración internacional desde los países centrales. Las redes se readaptaron al nuevo contexto y modificaron su composición social y formas de reclutamiento, determinando fuertemente las posibilidades de entrada de nuevos sectores de población candidatos a emigrar.

Esta importación interestatal crecientemente selectiva de fuerza de trabajo permitió que parte del tejido empresarial de las sociedades centrales no se deslocalizara, o incluso que se relocizara, favoreciendo la preservación del empleo del sector endógeno (autóctono) de la fuerza de trabajo.

Hay que tener en cuenta que todo esto se produce al tiempo que en las propias formaciones sociales centrales las transformaciones del capitalismo global están dando lugar a una reorientación de las intervenciones del Estado, con el empobrecimiento de las políticas sociales y la extensión de la exclusión social, no sólo de la fuerza de trabajo importada. Fruto de ello es el aumento de las dificultades para la integración y la cohesión social en el conjunto de esas formaciones sociales.

Por eso y por ejemplo, no es que la llegada de fuerza de trabajo migrante global hiciera descender de forma necesaria y automática los salarios en las sociedades de importación de fuerza de trabajo, sino que ese “ejército mundial de reserva”, movilizado o predispuesto para la migración a conveniencia, facilitó la implementación de las medidas de regulación unilateral por parte del Capital, tendentes a mantener a la baja el salario real de la población trabajadora, gracias a su creciente sustituibilidad.

Tampoco las migraciones *postfordistas* de fuerza de trabajo crecientemente irregular fueron “causa” de aquellas desregulaciones laborales, sino consecuencia de las mismas. Primero se acondicionaron los mercados laborales (se dispuso su irregularización) conforme se rebajó la capacidad de oposición del Trabajo, para posibilitarse después (una vez que pasan a ejercer como mercados migratorios) la creciente importación de mano de obra y su inserción laboral irregular con miras a abundar aún más en aquel debilitamiento general del Trabajo. Por eso, no habría que olvidar que el grado de vulnerabilidad de esta *mercancía* importada está directamente vinculado al descenso del poder social de negociación del conjunto de la fuerza de trabajo, que queda así vitalmente dañado. O lo que es lo mismo, las políticas ejercidas sobre la mano de obra exógena son utilizadas para afectar de forma transcendental al conjunto del mercado laboral³⁰.

Los cambios en los patrones de inversión global, con un creciente desplazamiento del capital excedente de las formaciones centrales a las periféricas y el mayor establecimiento en ellas de la manufactura industrial; el universal crecimiento de los sectores informales, la expansión de los trabajos a tiempo parcial, ocasionales; las condiciones de inseguridad en el empleo, la creciente diferenciación de la fuerza de

³⁰ Es por eso que la ruptura de la división endógena-exógena, o la *solidaridad* de la fuerza de trabajo autóctona con la importada debería ser objetivo político principal de aquella primera, en su propio interés.

trabajo en función del sexo, la edad, la etnicidad o incluso el origen, así como la enorme variedad de grados de cualificación-descualificación, explican que otra de las características de las migraciones postfordistas sea la alta diversidad y direccionalidad de los flujos migratorios y su amplia diversificación de tipos, tanta como formas de explotación se dan en el capitalismo global (ver Castles y Miller -2003-, para mayor profundización en las características migratorias del postfordismo).

Desde la mano de obra sin cualificación alguna y extra-barata, a la altamente cualificada (migraciones de científicos, directivos, empresarios...), o las migraciones de estudiantes (que a menudo se hacen definitivas); coinciden migraciones de asentamiento con flujos temporales y otros de “golondrina”; ciertos sectores migrantes que gozan de garantías jurídicas y otros que están en la más estricta irregularidad o clandestinidad.

Dado el creciente número de estos últimos, parejo a las cada vez más extendidas circunstancias que provocan la irregularidad de los migrantes en las sociedades receptoras, el camino para la delincuencia o “mafiaización” de las redes migratorias queda claramente despejado. Éstas han sido aprovechadas para el traslado de una fuerza de trabajo migrante clandestinizada que tiene la cualidad de doble mercancía: como fuerza de trabajo explotable y como fuerza de trabajo que se transporta bajo su propio coste (esto es, una mercancía que paga por su transporte y mercantilización) o bien a cuenta de terceros por encargo, generalmente familiares ya asentados en las sociedades de recepción migratoria³¹. Se financia con ello también a los grandes grupos de poder político-económicos que controlan los circuitos mafiosos de tráfico humano entre fronteras.

Por su parte, las redes migratorias no mafiosas han contribuido también a fortalecer los flujos migratorios, al tiempo que han evidenciado de igual manera su utilidad estructural no sólo en la selección de la fuerza de trabajo en origen, sino asimismo en el control y disciplinamiento de la misma en el lugar de destino.

Se ha producido, además, un incremento del protagonismo migratorio femenino, según se deterioran o destruyen las formas de producción y reproducción precapitalistas o no capitalistas en unas y otras formaciones sociales, así como las relaciones domésticas insertas en ellas. La feminización de más y más actividades laborales en aquellas sociedades tanto como en las importadoras de fuerza de trabajo, la maternidad como cabeza de familia, además de la complementariedad “reproductiva” de las migraciones femeninas respecto de la “productiva” masculina que se había dado con anterioridad, hicieron aumentar significativamente el componente femenino de las migraciones como muestra de los cambios en la dinámica productiva y en la reproducción de la fuerza de trabajo migrante.

En definitiva, las *migraciones postfordistas* albergan todos los niveles de fuerza de trabajo, con todas las condiciones, cualificaciones, habilidades y orígenes. Al

³¹ Un buen trabajo al respecto de estas circunstancias puede seguirse en Contreras (2007).

enmarcarse en un contexto de políticas restrictivas de flujos y permanencias, han expandido y multiplicado la condición irregular de la fuerza de trabajo, cada vez más sometida a controles de movilidad también en la sociedad de recepción, restricciones a menudo especificadas en las formas y modalidades de contrato, por lo que cada vez la fuerza de trabajo migrante se asemeja más a una *fuerza de trabajo cautiva*.

También se desbordaron en parte los tradicionales mercados migratorios, para diversificar las procedencias y los lugares de destino de las migraciones, que se unen a la enorme heterogeneidad de la fuerza de trabajo migrante global dentro de este paroxismo migratorio³², que corre parejo a la *fase orgiástica de la movilidad* con la imbricación instantánea de la movilidad absoluta en la relativa y el aumento acelerado de ambas.

Este paroxismo ha llevado a algunos autores a proclamar la “incontrolabilidad” de las migraciones o su “impredecibilidad” (Mezzadra, 2005), pues son vistas como “turbulencias” (Papastergiadis, 2000) del Sistema, más que como resultados del mismo. Las migraciones serían para ellos más propias de la “autonomía” de los “individuos sin historia” (Mezzadra, 2005:85), que de férreos procesos sistémicos.

Constatan un componente de “inconveniencia”, desestabilizador, en los procesos migratorios. De no “funcionalidad”. La clave, sin embargo, está en calibrar su importancia relativa frente al componente dirigido y “funcional”. Poner en aquel primero sin más el hincapié como fuente de transformación, sin ver que incluso puede ser un factor de mayor degradación social, es una apuesta más voluntarista que analítica.

Volveremos en seguida sobre esto, pero de momento advertimos que lo que hay que sopesar para calibrar el grado de autonomía de cualquier fracción del Trabajo, es en qué situación real queda la correlación de fuerzas y el poder social de negociación, la situación de comunicación y unidad de la fuerza de trabajo.

En este orden de cosas no hay que perder de vista que el *climax* de la integración de la población del planeta al mercado capitalista y por ende de su disponibilidad migratoria y del grado de sustituibilidad global del trabajo vivo, se alcanzaría con el derrumbe del Segundo Mundo y la incorporación de su población al mercado mundial capitalista que, con la previa apertura de China a la economía de mercado, se haría mundial. A él se incorporarían, pues, a partir de 1978 (viraje chino) y 1989 (caída del Bloque del Este³³)

³² No en tanto que emigre un apreciable mayor porcentaje de población, sino por el aumento de la disponibilidad migratoria (o de la propensión personal hacia la “salida”, según los autonomistas) en más y más sectores de la fuerza de trabajo mundial, que se manifiesta no sólo en la direccionalidad desde las periferias a los centros del Sistema, sino cada vez más entre periferias.

³³ A partir de entonces el desplazamiento de mano de obra del este al oeste de Europa, a menudo ya como movilidad espacial intra-UE, recuerda a las viejas migraciones postcoloniales (de las periferias a los centros del Sistema). La enorme pérdida de fuerza de trabajo que ello está ocasionando en la Europa oriental hace que cada vez más países este-europeos hayan comenzado a activar políticas de atracción de fuerza de trabajo de otras formaciones sociales, bien de la propia Europa del Este (de aquéllas que presentan mayor deterioro socioeconómico), bien de otras periferias mundiales. Eso mismo motiva que

cerca de dos mil millones de seres humanos, aunque con muy diferente relación respecto de la migración.

A todo ello habría que sumar el desarrollo del proceso de proletarización de la población mundial, asociado a la destrucción de las formas económicas no-capitalistas y a la disrupción de las estructuras de trabajo tradicionales. En su informe de 2007 la OIT señalaba que de 1993 a 2003 el número absoluto de asalariados en el mundo pasó de 1.000 a 3.000 millones. Constataba, además, para ese mismo año de 2007, 190 millones de desempleados y unos 1.300 millones de subempleados (cifras que no harían sino aumentar con el nuevo estallido de la crisis de sobreacumulación de las sociedades centrales a partir de 2007-2008).

Las condiciones de deterioro de los mercados laborales que ese *ejército* contribuye a reforzar provocan el aumento de la importancia de distinciones como nacional/extranjero o autoctonía/heteroconía, y su conversión en formas de patente desigualdad en los mercados laborales y en el ámbito de lo social. Lo que afecta crecientemente a la división y jerarquización de esa fuerza de trabajo mundial.

La “importancia” de esas distinciones radica también, precisamente, en ocultar su carácter epifenoménico respecto de las fuentes de generación de desigualdad estructural encastadas en los mercados duales de trabajo (entre un componente laboral endógeno y otro exógeno), para pasar a ocupar una visibilidad descollante en el imaginario social y en la propia subjetividad del Trabajo. De esta manera tales clasificaciones se autonomizan más y más como fuentes propias de conflictos, a través de claves “culturales” o “étnico-raciales” a las que se les imputa a menudo factores religiosos o costumbristas.

Sin embargo, cuando parecía que el círculo de depreciación del factor trabajo quedaba completado, el neoliberalismo comenzaría a evidenciar sus límites como impulsor de la acumulación capitalista en sus esfuerzos por salir de la mayor crisis de sobreacumulación en la que había desembocado el Sistema, en los años 70 del siglo XX.

Fin del modo liberal degradado (o “neoliberal”) de regulación. Nuevas claves y perspectivas migratorias.

El modo liberal degradado de regulación global que se instauró desde los años 70, ve agotada su energía para garantizar la acumulación capitalista hacia la segunda mitad de los años 90 y al acabar el siglo XX el capital tropieza en forma ampliada con sus

también hayan desarrollado políticas de retención o de recuperación de su fuerza de trabajo emigrada, sin que hasta el momento parezcan fructíferos tales intentos dadas la amplitud y profundidad de su proceso de periferización o *tercermundización*.

propios límites, al generar procesos de retroalimentación negativa cada vez más difíciles de superar.

Las consecuentes circunstancias de crisis son susceptibles de afectar a la creación de excedente de fuerza de trabajo mundial y a la intensidad y dirección de las migraciones. En las formaciones sociales centrales se concatenan diferentes procesos para dar lugar a resultantes altamente determinantes:

- El estrechamiento de los mercados laborales a raíz del cortocircuito en el régimen de acumulación neoliberal (que no logra contrarrestar la sobreacumulación de capital).
- La fulgurante generación de un enorme ejército de reserva laboral autóctono.
- La drástica caída del poder social de negociación del Trabajo en casi la totalidad de las formaciones sociales y de manera llamativa en las centrales.
- La consecuente acusada rebaja de los niveles de aceptabilidad laboral.

Tales circunstancias se unían a la deslocalización de los procesos productivos y a nuevas formas de división internacional del trabajo (y también a la acentuación de otras ya existentes) para utilizar a la fuerza de trabajo barata en el propio lugar de origen (facilitado esto por la aceleración tecnológica en transportes y comunicaciones, que hacía que ya no fuera necesaria la cercanía de la casa matriz a los lugares de producción). Todo ello hace cada vez menos necesaria en las sociedades centrales la importación masiva de fuerza de trabajo externa, y ha redundado en la intensificación de los controles y cierres de fronteras y en la multiplicación por doquier de los esfuerzos puestos en las políticas de retorno de una creciente proporción de la población inmigrada.

Se requiere crecientemente, por el contrario, la importación selectiva de fuerza de trabajo cualificada, pues por el momento la producción y las posibilidades de realizar la acumulación capitalista a través de contratendencias a la caída de la tasa de ganancia, se ven socavadas paradójicamente por el progreso técnico-científico y la valorización de la fuerza de trabajo que le acompaña. Esto es así porque a la larga la automatización conlleva la reducción del trabajo en la producción directa, así como la reestructuración al alza de las cualificaciones necesarias de la fuerza de trabajo, pasando a elevarse el tiempo medio de formación de la misma y aumentando también, consiguientemente, el valor de ésta (tendencia a largo plazo resultante del desarrollo de las fuerzas productivas).

Por eso mismo, el Capital necesita crecientemente desvalorizar esa fuerza de trabajo, proporcionalmente más cuanto más cualificada. A tal objetivo responde la importación selectiva de fuerza de trabajo intelectual o altamente cualificada, a un precio menor que la local, para redundar en la disminución del costo de la misma. En ese sentido, la imposición de la tarjeta azul para facilitar ese tipo de inmigración en la UE pretende

ponerse al paso de la mayor economía importadora de fuerza de trabajo en cantidad y diversidad: la de EE.UU., donde reside y trabaja el 55% de la migración cualificada mundial³⁴.

Procesos que se refuerzan con la tendencia al alza de la estratificación etnicista del valor social de la fuerza de trabajo por orígenes. Ésta va acompañada de la *racificación* de la diferencia que no es sino la réplica en el ámbito cultural y social de la exogenización de la fuerza de trabajo en la esfera laboral, como se dijo.

A ello se sumará probablemente la utilización de mayor mano de obra femenina (siempre más barata) según aumente el proceso de proletarización de las mujeres en las formaciones periféricas y la descomposición de las relaciones domésticas tradicionales.

Resulta altamente probable también, dado el acelerado proceso de depreciación de la fuerza de trabajo, tanto más de la migrante, el aumento de las migraciones (aparentemente no laborales) relacionadas con la reproducción étnico-familiar de la fuerza de trabajo por fuera del mercado.

Es factible, en definitiva, que el deterioro de los mercados y la agudización de la crisis económica-ecológica conlleven en lo inmediato (mientras el Capital trata de reestructurar las bases productivas sin alterar en lo substancial el sistema de dominación) una saturación de la migración laboral hacia las sociedades centrales, que previsiblemente será compensada por migraciones laborales interperiféricas o entre periferias y economías con aspiraciones a dejar de serlo (como las BRICs). También aquellas migraciones laborales periferias-centros podrán ser más y más equilibradas en importancia por migraciones de refugio, sean de origen ecológico o bélico, que no son sino expresiones también de lo político.

La permanente o todavía inagotada movilidad absoluta se complementará con la *miserabilización* de la fuerza de trabajo mundial y el aumento e intensidad de las variantes de movilidad relativa (cuyas expresiones debieran constituir objetivo irrenunciable de análisis de la ciencia social). De facto, las continuas reestructuraciones de los mercados laborales y procesos productivos muestran que el capitalismo, en su avance, no ha hecho sino aumentar y profundizar en la *movilidad forzada* (inmediata o

³⁴ Según la OCDE en 2001 más de la mitad de las admisiones migratorias en Australia, Canadá y Nueva Zelanda correspondieron a trabajadores altamente cualificados. Las formaciones sociales centrales ponen en marcha programas de atracción de esa fuerza de trabajo (a través de exacciones fiscales, créditos, permisos especiales, apoyo a la integración y aprendizaje del idioma, aceleración de trámites de visado, entre otros), así como del estudiantado extranjero que se gradúa en su territorio. No hay que olvidar que buena parte de los expatriados de los propios países de la OCDE son profesionales cualificados. La mayor población de expatriados con estudios superiores correspondía a la antigua URSS (alrededor de 1,3 millones), seguida de India (1 millón, aproximadamente). Por su parte, este proceso supone para las formaciones periféricas un creciente drenaje de fuerza de trabajo cualificada, que tiene como principal destino EE.UU. (en muchos casos –como son los de los países centroamericanos, pero también de México, Bolivia, Ecuador, Paraguay, Uruguay, además de muchos africanos y algunos asiáticos-, allí van el 100% de sus profesionales cualificados que emigran a países de la OCDE). Ver para estos datos Abella (2006).

inducida³⁵) de los seres humanos, constituyéndose ésta en una de sus principales características en cuanto que mano de obra.

Clandestinización: un paso más en la degradación de la fuerza de trabajo migrante global.

Pero la oportunidad de la fuerza de trabajo exógena no ha terminado. Su “necesidad” radica no tanto en la rebaja de los costes salariales inmediatos como en su costo global como factor de producción a lo largo del tiempo, su probable mayor *docilidad* estructural y su mayor predisposición a la *movilidad relativa* horizontal y espacial, así como su contribución a amoldar o disciplinar el comportamiento social del trabajo vivo.

A cada crisis de los modos de regulación de la relación salarial, le sigue una reorganización de los espacios y tiempos productivos, modificaciones en las relaciones sociales y en los cauces y contenidos de la integración social, incluyendo la propia construcción y acceso a la ciudadanía³⁶. También le corresponden nuevas formas de importación de fuerza de trabajo (Moulier-Boutang, Garson y Silverman -1986-).

Esas formas en la actualidad hacen cobrar un creciente protagonismo a los sistemas de exclusas. La obsesión de las políticas migratorias por intensificar la selectividad migratoria por estricto orden de conveniencia, está destinada a contrarrestar las “turbulencias” o la parte menos deseada de los procesos migratorios.

La misión principal de las exclusas es evitar unos u otros tipos de migración o de ajustar sus proporciones por orígenes, género, edad, adscripciones culturales y cualificaciones de la mano de obra, de acuerdo no sólo con los intereses empresariales sino con la estabilidad general del mercado laboral y con el equilibrio del *ejército de reserva* (un “ejército de reserva” excesivo puede ser tan destabilizador como peligroso para el Capital no contar con trabajo excedente). El objetivo determinante de esas exclusas radica, además, en clandestinizar a aquellas personas que las cruzan *sin permiso*, acentuando en grado máximo su vulnerabilidad. Ese es el último paso en su sujeción.

Su presencia contrarresta la integración de la fuerza de trabajo migrante de larga duración, la de las segundas generaciones y las luchas sociales y políticas de esta particular fuerza de trabajo, posibilidades que ponen en riesgo todo el entramado dual de los mercados laborales. Por eso, la probable insubordinación de Trabajo endógeno o

³⁵ La *movilidad inmediata* hace referencia a las expulsiones de las tierras, conquistas y todo tipo de desplazamientos forzados de personas, así como a las formas de tráfico esclavista y también ciertos tipos de “enganche” contractual. La *movilidad mediata o inducida* designa fundamentalmente la movilidad relativa y espacial de seres humanos como fuerza de trabajo y/o en general, como desposeídos.

³⁶ Así por ejemplo, el incesante trastocamiento de las condiciones sociales de existencia que genera el proceso de acumulación capitalista, desemboca en una degradación de la ciudadanía como *ciudadanía blindada* para unas cada vez más reducidas minorías.

en vía de endogenización tiene que ser compensada constantemente con nueva fuerza de trabajo exógena, tanto mejor cuanto más vulnerable llegue, y qué mejor para ello que su clandestinización.

Al margen total de la ciudadanía, estas especiales mercancías que se desplazan a sí mismas se hacen no solamente *no-visibles* sino que su destino reservado es devenir *no-personas*. Las políticas migratorias de exclusas tratan de desposeerlas cada vez más de su condición de seres humanos en favor de su crudo y descarnado atributo de *fuerza de trabajo*; una fuerza de trabajo que se quiere indefensa y cautiva, cuya más o menos masiva presencia permite:

- Agudizar la segmentación de los mercados laborales.
- Fragilizar el conjunto de la fuerza de trabajo migrante.
- Reforzar la auto-alocación de la migración en los sectores más desprotegidos del mercado laboral, en cuanto que son conscientes de su práctica imposibilidad de aspirar al segmento primario de los mismos³⁷.

La clandestinización busca la máxima flexibilidad del trabajo, la extremación del amoldamiento comportamental del mismo, sumándose a los nuevos cerramientos y extracciones de plusvalía absoluta y relativa, que se entrecruzan con dispositivos de control y lucha de y por la movilidad absoluta y relativa (Mezzadra, 2005: 149).

Esa lucha será la constante a enfrentar por el Capital, porque hay una obviedad que no puede descuidarse, y es que el trabajo vivo es también la única mercancía que tiene la facultad de rebelarse (nunca es dominado completamente), y a veces expresa esa rebelión *moviéndose* más allá de los límites impuestos. De ahí el peligro del “enemigo de clase interno”: las nuevas clases peligrosas representadas hoy, y por ahora, ante todo, por el trabajo exógeno, temido por su potencialidad de contagio al resto del trabajo vivo degradado.

Es precisamente en esta potencialidad donde ha estado puesto el hincapié de los nuevos trabajos sobre la autonomía de las migraciones³⁸. A la discusión con algunos de ellos dedicamos el último apartado.

³⁷ A estas circunstancias apuntaba ya el trabajo de Moulrier-Boutang, Garson y Silverman (1986) al comenzar el declive del modo de regulación keynesiano.

³⁸ Las *clases peligrosas* siempre fueron asociadas a la fracción del trabajo vivo en movimiento. La mano de obra migrante tiene una condición de nómada, aparentemente libre, que para algunos de los autores vistos es más que apariencia, pero que en cualquier caso suscita la inquietud de los poderes que intentan sedentarizar o fidelizar a su fuerza de trabajo.

Excursus sobre el autonomismo del Trabajo migrante

La perspectiva autonomista del Trabajo trasladado al campo de las migraciones se acoge también a la inversión hegeliana de la dependencia: es el amo el que necesita del siervo, y es la libertad como *movilidad* unilateral de la fuerza de trabajo dependiente la variable estratégica para el salariado, mientras que resulta la variable subordinada para el Capital.

Por ejemplo, Moulier-Boutang a pesar de sus primeros trabajos sobre la clandestinización de la mano de obra, da el salto mortal para sostener que la pugna por la libertad de movimiento como constante es la que determina en primera instancia el propio movimiento del capital, su dinámica reproductiva (“antes de haber sido teorizada como una virtud del aparato productivo, la movilidad fue, sobre todo, una necesidad impuesta a la que los empleadores hubieron de adaptar la organización de la producción” -2006:482-)³⁹.

Su mundo al revés puede ser entendido a partir de su tesis de partida: “la transformación social se produce al menos tanto por un desprendimiento o desapego (*décollement*) continuo de las convenciones, de los contratos, de la lengua, que por la lucha representada, la *gigantomachie* mitológica, de la lucha de clases” (2005:57; traducción y subrayados nuestros).

La internalización del capital, la deslocalización, surgen como respuesta al problema de control del Trabajo. El movimiento que conforma el mundo de los países y el orden internacional desde los años 60 es esencialmente un movimiento de huida, de defección, más que un movimiento de resistencia frontal. Estos movimientos afectan el equilibrio del Sistema, su estabilidad, su beneficio (es decir, la esperanza estable o previsible de beneficio de toda inversión). Serían para Moulier-Boutang movimientos a-dialécticos, que rehúsan transformarse en oposición, como producto de movimientos de imitación, repetición, mimetismo, deformación o evitamiento.

De ahí que este autor vea a las migraciones más como *estrategia*, como un “movimiento social”⁴⁰, como un sabotaje, que como un movimiento forzado. Es el Capital el que

³⁹ El punto de partida de este autor, perfectamente compartible, es que existe una pugna permanente entre el vendedor de su fuerza de trabajo en busca siempre de su libertad (históricamente en forma de fuga hacia la ciudad, a través de la producción directa para el mercado, estableciéndose por cuenta propia, etc.) y la utopía autoritaria del trabajo dependiente totalmente reglamentado (en el que la acumulación de capital se ve libre de los movimientos del Trabajo, y a la fuerza de trabajo como un coste fijado definitivamente en un mercado funcionando sin libertad). De ahí no se infiere, sin embargo, la conclusión expresada en el texto ni sus principales tesis sobre la autonomía migratoria.

⁴⁰ Obviamente todas las dinámicas protagonizadas por numerosos seres humanos pueden leerse como “movimientos sociales”; pero entonces ahí podríamos incluir también el hecho de morir, comprar en supermercados, tener accidentes de carretera (todas esas circunstancias que Durkheim consideró “hechos sociales”, y que ahora estos autores quieren hacer pasar por “movimientos sociales”).

Para nosotros, por el contrario, “movimiento social” implica algún grado de compromiso común entre sujetos sociales o políticos, para accionar colectivamente en orden a conseguir determinados objetivos también colectivos, como por ejemplo la eliminación o al menos amortiguamiento de situaciones de explotación y opresión (ver Piqueras, 2002).

responde con un movimiento condicionado por esa estrategia, en forma de movimiento secundario, táctico.

Esta es la estela de Negri que han seguido también otros autores como Mezzadra y que, salvando las distancias, comenzó a apuntar tímidamente Papastergiadis.

Para este último autor la consideración del inmigrante como una víctima yerra al no distinguir entre grados de movilidad, niveles de ligazón, acceso a recursos y “capital cultural” de unos y otros seres humanos (2000:199). Siendo la habilidad para moverse la mayor expresión identitaria (2000: 52).

De ahí concluye también que la impredecibilidad e incontrolabilidad de las “turbulencias” migratorias pueden poner en jaque todo el entramado de dominación.

Y eso que previamente en el mismo trabajo Papastergiadis se hace eco de las palabras de otro autor (John Berger) para decir: “es preciso contemplar la resolución de emigrar de cualquier persona dentro del contexto del sistema económico mundial (...) La intencionalidad del migrante está permeada por necesidades históricas de las cuales ni esa persona ni nadie con quien se cruza es consciente” (2000:21).

Y un poco más adelante el propio Papastergiadis sostiene: “Migrar nunca es un gesto espontáneo” (2000:25). En sus conclusiones parece olvidar tales premisas.

Más fiel al “negrismo” Mezzadra copiará a Moulier-Boutang la práctica totalidad de sus presupuestos. Su clave analítica bien podría radicar en el siguiente enunciado: “el capitalismo está caracterizado por una tensión estructural entre el conjunto de las prácticas subjetivas en las que propiamente se expresa la movilidad del trabajo (...) y el intento de ejercitar un control despótico por parte del capital, a través de la mediación fundamental del Estado” (2005:143). Lo cual podría ser fácilmente compartible sino fuera porque de ahí el autor extrae a la “huída” como elemento clave de desarticulación de dominaciones.

En definitiva, estos autores subrayan su predilección por la “salida” incluso frente a la “voz” que propusiera Hirschman, a la hora de apuntar a las alternativas más firmes del Trabajo. Conduciéndonos al punto en que el Trabajo lleva la iniciativa a través de su reacción más o menos imprevisible, su “salida” migratoria, “huída” o deserción de determinados entornos sociales y laborales. Esas reacciones pasarían a ser *autonomía*⁴¹.

La apuesta por la “huída”, como en otros ámbitos se ha hecho por el “grito” (Holloway) en cuanto que factor liberador, busca deliberadamente ser ajena a la alienación intrínseca de la que parte y padece el Trabajo en cualquier sociedad de clases

⁴¹ Pero la *autonomía* no es tanto decisión personal entre constricciones para elegir la menos mala (la “huída”, por ejemplo). Tiene que ver más bien con las posibilidades de acción eficaz de los sujetos, en un dominio considerado problemático por ellos, de cara a modificar la situación de partida. Todo lo cual requiere de manejo de recursos e información, así como de capacidad colectiva (social) de incidencia en las coordenadas comunes.

(ignorando todos los dispositivos de poder, subordinación y explotación con los que el amo contrarresta su necesidad del esclavo tanto en el hacer como en la conciencia de éste), y en concreto, de la muy característica que produce la sociedad capitalista, cuyas relaciones de explotación son especialmente oscuras o difusas para el Trabajo en general, pero sobre todo en su expresión asalariada. Con ello se desconoce, al mismo tiempo, el hincapié marxista en la conciencia de clase (llamémosla si queremos, *conciencia de lucha*) como acompañante indispensable de la constitución de *sujetos sociales*, en tanto que agentes con mayor capacidad de realización de la potencialidad humana de protagonizar su propia emancipación respecto de unas u otras condiciones de dominación y alienación (percibiendo y enfrentando la explotación de que son objeto). Confunden también estos autores la resistencia o ‘lucha de clase’ latente que es susceptible de producirse en todo ser humano ante cualquier forma de explotación-opresión (en forma de deserciones, huidas, sabotajes, escamoteos, negligencias, absentismos, abulias, etc, etc...), con la lucha de clase manifiesta o emancipadora a escala colectiva (ver Piqueras, 2002). Una cosa es tener capacidad de negar y otra ejercer la capacidad de liberar (-se)⁴².

La idea de Mezzadra de ver el trabajo vivo más allá de la composición de clase nos abre a un posible sujeto de emancipación tan ambiguo como impensado que nos remite a la “multitud” de Negri⁴³. Así Mezzadra afirma que la actual desarticulación de las pertenencias que se produce en las distintas formaciones sociales transforma “de forma irreversible” al trabajo vivo en *multitud* (2005:152).

Y no es que el Trabajo como *trabajo vivo* no pueda “desbordar” la composición de clase, lo que no podrá es quedar al margen de la relación de clase (salvo en una hipotética sociedad sin formas de explotación entre los seres humanos).

Pero hay algo más preocupante aún en los análisis de estos autores, y es que prefieren recurrir al ilusionismo de la *multitud*⁴⁴ antes que llevar a cabo el análisis de la degradación real de las condiciones de la fuerza de trabajo en la actualidad.

Tal análisis se antoja imprescindible para juzgar qué de realidad hay en la “autonomía” de migrar frente a la “disponibilidad” para migrar que presentan cada vez más y más

⁴² Tengo que remitir aquí a nuestra crítica del autonomismo en Piqueras (2005), donde se proporcionan además referencias de otras críticas al respecto.

⁴³ Parece increíble cómo este autor ha invertido todo el proceso que tanto le costara a Thompson trazar históricamente para explicar cómo de la protesta plebeya o *multitud*, esto es, de una lucha de clase sin clases, se fue pasando a la conciencia de clase y por tanto a la formación de las clases. Negri nos devuelve de una patada a nuestra condición de masa.

⁴⁴ ¿No tiene reminiscencias este referente de viejos idealismos más o menos milenaristas sobre la transformación social?, ¿no se intenta con él rescatarlos de alguna manera o al menos mantener en la difusa penumbra de la indeterminación, de la indefinición, de la falta de concreción, a sujetos, alternativas reales y formas de organización facilitadores o entorpecedores en mayor o menor grado de emancipaciones?

seres humanos según forzamientos estructurales (achicamiento de las posibilidades de reproducción social e individual de la fuerza de trabajo, degradación de condiciones sociales y laborales, pérdida substancial y estructural de oportunidades de vida...) y a menudo también en virtud de requerimientos de los mercados migratorios.

Si la *autonomía* tiende a ser proporcional al acceso y manejo de recursos, la desposesión o proletarización, la debilitación del poder social de negociación, la vulnerabilidad social aceleradas en las últimas décadas no parecen ir a favor de tal potencialidad (a no ser que la circunscribamos a ciertos tipos de movimientos reactivos contra esas circunstancias y situaciones, pero entonces estaríamos definiendo una muy triste y pobre “autonomía”). Mejor se haría, por tanto, en analizar cuáles son *en realidad* las condiciones de creciente sustituibilidad de la fuerza de trabajo y de empobrecimiento de su poder social de negociación, de profundización de la sumisión laboral, de desregulación social de los mercados laborales, de degradación de la ciudadanía y de los mecanismos de cohesión social, entre tantos otros factores que dejan hoy reducida la autonomía del Trabajo en la mayoría de los casos a decidir entre ser desechable o sobreexplotado en el propio mercado local o buscar alguna mejora social y de oportunidades de vida a costa de la sobreexplotación en el exterior; sin que esta última opción anule el riesgo de desechabilidad en el mercado global capitalista.

Sólo a través de análisis rigurosos sobre la realidad del Trabajo podremos calibrar cuáles son las posibilidades reales de su emancipación, una de cuyas claves pasa sin lugar a dudas por la ruptura de los procesos de endogenización y exogenización que están en la base de una de sus mayores divisiones o líneas de desigualdad.

Proponemos además que las posibilidades de hacer análisis más fructíferos pasan por seguir el curso de las relaciones Capital-Trabajo a escala global.

En ese sentido, los cambios habidos en la división internacional del trabajo, con cada vez mayor desplazamiento de la producción hacia ciertas periferias, así como la universalización de las dinámicas de importación y exportación de fuerza de trabajo, abren las puertas a las consecuentes recomposiciones de la relación centros-periferias, así como del conflicto de clase a escala global, que puede verse también afectado por la permanente puesta en contacto de la fuerza de trabajo mundial. La multiplicación e intensificación de las relaciones y vinculaciones entre la fuerza de trabajo mundial, a través de su movilidad espacial, permite por primera vez de forma objetiva las posibilidades de comunicación y coordinación de aquélla entre sí.

Esta última circunstancia suscita también posibilidades de difusión y aprendizaje de experiencias de lucha, reivindicativas y organizativas, que pudieran desembocar en la formación de nuevos sujetos no solamente nacionales sino potencialmente incluso transnacionales. Permite, asimismo, prefigurar opciones de articulación organizacional

del Trabajo de mayor alcance y dimensión, susceptibles de modificar la correlación de fuerzas entre las clases⁴⁵.

Aquí radica a nuestro juicio el verdadero potencial disruptor de la fuerza de trabajo en movimiento, en la posibilidad de reconducir las circunstancias de su inmediata o inducida movilidad, ya sea absoluta o relativa, para conseguir una autonomía colectiva frente a las mismas. Poco se avanza, por el contrario, buscando esa potencialidad en la “deserción”, pues ésta no es sino una forma de protesta blanda, que acompaña a menudo a la impotencia para actuar colectivamente de cara a transformar la situación en las formaciones sociales de expulsión de fuerza de trabajo.

Dado que las crecientes restricciones a la autonomía individual sólo pueden ser contrarrestadas a través de la autonomía colectiva, tal paso requiere en lugar preferente de la pugna conjunta de los diferentes sectores del Trabajo actuando como *sujetos de clase* por erradicar los dispositivos de exogenización del trabajo vivo, eliminar la posición de clase diferencial o las distintas oportunidades de vida anejas a la división “nacional” (de autoctonía-heteroconía) del trabajo.

Esa pugna es permanentemente socavada, sin embargo, por los dispositivos de extranjerización, por las separaciones identitarias y construcciones del nosotros-ellos que potencia o que recrea el Capital también en el plano socio-cultural.

Por eso mismo, sin accionar explícito común, sin el logro de aglutinaciones de luchas y la posibilitación de sujetos coordinados, la *multitud*, cual hormiguero migratorio⁴⁶, difícilmente podrá no ya transformar sino tan siquiera desbaratar las estructuras de poder o la dimensión del poder de clase a escala local, cuánto menos al nivel transnacional.

De hecho, la conjunción de factores hasta aquí referida ha conducido a la proletarización de la mayor parte de la humanidad, y a mantener al proletariado del mundo en condición objetiva de competencia generalizada entre sí, gracias especialmente a su creciente sustituibilidad, o a la capacidad de reemplazo que

⁴⁵ Hay un factor desestabilizador en la propia cantidad de fuerza de trabajo a importar. Como quiera que ésta es la responsable de entre el 30 y el 50% del aumento poblacional en las formaciones sociales centrales, la cuestión es *¿cuánta se necesita, durante cuánto tiempo?* En el año 2000, la Comisión Europea realizó un informe (22.11.00) que causó hondo impacto. Según el mismo, para que en 2050 en la UE hubiera la misma población que en 1998 se necesitarían 16.300.000 inmigrantes externos. Para que en 2050 se garantizara el mismo nivel de vida de la población en 1998 se precisarían 47.400.000 inmigrantes. Para que en aquel año hubiera la misma población activa que en 1998, habría que contar con 79.600.000 inmigrantes. Y para mantener la misma ratio activos/jubilados que en 1998, se requeriría de ¡123 millones de inmigrantes! Más allá de las posibilidades reales de realizarse esas formulaciones, lo que sí dejan claro es el constante y creciente desafío que para el Capital entraña manejar embridada y disciplinariamente la previsible creciente necesidad de fuerza de trabajo exógena.

⁴⁶ El previsible declive del sistema mundial capitalista, la Gran Depresión del siglo XXI y sus múltiples implicaciones, ofrecen perspectivas muy difíciles de anticipar, pero entre ellas la de las “migraciones hormiga”, de movimientos más aleatorios, en todas direcciones, no parece descabellada.

proporciona un vasto *ejército de reserva* de carácter mundial, con *disponibilidad permanente* para migrar. Todas las tendencias del tardocapitalismo declinante (con los previsible estertores del capitalismo transnacional) apuntan a que a falta de una contrarréplica agencial del Trabajo como sujeto histórico, lejos de disminuir pueden aumentar sustancialmente las dificultades para que los seres humanos tracen por sí mismos su movilidad espacial, tengan una movilidad libremente asumida (*automovilidad*), o incluso puedan elegir su *inmovilidad* (De Gaudemar, 1979 y 1981). Es por eso, precisamente, que la autonomía de movimientos se hace más y más un factor distintivo de clase (Bauman, 2001; Boltanski y Chiapello, 2002), en un mundo con cada vez menor libertad al respecto, en el que las personas han sido universalmente convertidas en esa especial mercancía llamada *fuerza de trabajo*, con diferente precio y por tanto lista para facilitar la acumulación desigual en unas u otras formaciones socioestatales en que hoy se halla dividida la humanidad.

Algo que no podría realizarse sin altas restricciones formales a su libre movilidad espacial transfronteriza, así como tampoco sin la intervención de los Estados para asegurar su desigual estatus y condición sociopolítica.

Así se mantienen por ahora el valor desigual de la fuerza de trabajo mundial y su debilitamiento.

BIBLIOGRAFIA CITADA

Abella, Manolo (2006). “Competencia global por trabajadores cualificados”, en C. Blanco (ed.) *Migraciones. Nuevas moviidades en un mundo en movimiento*. Anthropos. Barcelona.

Arrighi, Giovanni (1999). *El largo siglo XX*. Akal. Madrid.

Bauman, Zygmunt (2001). *La Postmodernidad y sus descontentos*. Akal. Madrid.

Boltanski, Luc y Chiapello, Ève (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Akal. Madrid.

Cachón, Lorenzo (1995). “Marco institucional de la discriminación y tipos de inmigrantes en el mercado de trabajo en España”, en Reis, nº 69, pp.105-124. Madrid.

Cachón, Lorenzo (2002). “La formación de la España ‘inmigrante’: mercado y ciudadanía”, en Reis, nº 97, pp.95-126. Madrid.

Castles, Stephen y Miller, Mark (2003). *The Age of Migration. International Population Movements in the Modern World*. Guilford Publications. New York.

Cohen, Robin (1999). *The New Helots. Migrants in the International Division of Labour*. Ashgate. Aldershot.

Contreras, Ricardo (2007). *La mercancía migrante*. Eumed.net (Biblioteca virtual: <http://www.eumed.net/libros/2007b/294/index.htm>).

De Gaudemar, Jean-Paul (1979). *Movilidad del trabajo y acumulación de capital*. Ediciones Era. México. D.F.

De Gaudemar, Jean-Paul (1981). *La movilización general*. La Piqueta. Madrid.

Gordon, David, Edwards, Richard y Reich, Michael (1994). “Long swings and stages of capitalism”, en D. Kotz, T. McDonough y M. Reich, *Social Structures of Accumulation*. Cambridge University Press. Cambridge.

IOM (International Organization for Migration) (2005) *World Migration. Costs and Benefits of International Migration*. Genève.

Malgesini, Graciela (comp.) (1998). *Cruzando fronteras. Migraciones en el sistema mundial*. Fundación Hogar del Empleado. Madrid.

Mezzadra, Sandro (2005). *Derecho de fuga. Migraciones, ciudadanía y globalización*. Traficantes de sueños. Madrid.

Miquel, Alejandro (2007): “La negación de la ciudadanía: movimientos migratorios y extranjería”, en B. Riutort (coord.), *Indagaciones sobre la ciudadanía. Transformaciones en la era global*. Icaria. Barcelona.

Moulier-Boutang, Yann (2005). « Économie Politique des Multitudes », en *Revue du Collège International de Philosophie*, pp.53-65.

Moulier-Boutang, Yann (2006). *De la esclavitud al trabajo asalariado. Economía histórica del trabajo asalariado embridado*. Akal. Madrid.

Moulier-Boutang, Yann, Garson, Jean P. y Silverman, Rosane (1986). *Economie politique des migrations clandestines de main-d’oeuvre. Comparaisons internationales et exemple français*. Publisud. Paris.

OIT (2007). *La igualdad en el trabajo: afrontar los retos que se plantean*.
<http://www.google.es/search?hl=en&source=hp&q=informe+OIT+2007&aq=f&aqi=&aql=&oq=>

Papastergiadis, Nikos (2000). *The turbulence of Migration*. Polity Press-Blackwell Publishers. Cambridge-Oxford.

Pedreño, Andrés (2005). "Sociedades etnofragmentadas", en Andrés Pedreño y Manuel Hernández (coords.) *La condición inmigrante. Exploraciones e investigación desde la Región de Murcia*. Universidad de Murcia. Murcia.

Piqueras, Andrés (2002). *Movimientos sociales y capitalismo. Historia de una mutua influencia*. Germania. Alzira.

Piqueras, Andrés (2005). "La mutua conformación del Capital y el Trabajo desde el capitalismo maduro al capitalismo senil, y las formas sociales a que da lugar", en *Polis*, vol.4, nº 12, pp.413-446 . Universidad Bolivariana. Santiago.

Piqueras, Andrés (2007). *Capital, migraciones e identidades*. Universitat Jaume I. Castellón.

Potts, Lydia (1990). *The World Labour Market. A History of Migration*. Zed Books. Londres-New Jersey.

Sánchez Alonso, Blanca (1995). *Las causas de la emigración española 1880-1930*. Alianza Universidad. Madrid.

Sánchez Alonso, Blanca (2002). "La época de las grandes migraciones: desde mediados del siglo XIX a 1930", en Manuel Pimentel (coord.) *Procesos migratorios, economías y personas*. Mediterráneo Económico, nº 1. Instituto de Estudios de Cajamar. Almería.

Sassen, Saskia (1990). *The Mobility of Labour and Capital. A Study in International Investment and Labour Flows*. Cambridge University Press. Cambridge.

Sassen, Saskia (2001): *¿Perdiendo el control? La soberanía en la era de la globalización*, Barcelona: Ediciones Bellaterra.

Tortella, Gabriel (1995): *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*, Madrid: Alianza Universidad.

Valle, Alejandro (2000). "Desarrollo desigual y competitividad", en J.Arriola y D.Guerrero (eds.), *La nueva economía política de la globalización*. Universidad del País Vasco. Bilbao.

Zlotnik, Hania (1992): "Empirical Identification of International Migration Systems", en M.Kritz, L.Lim y H.Zlotnik (eds.). *International Migration Systems. A Global Approach*, Oxford: Clarendon Press.

